

¿NEGREROS O DOCENTES?
La rebelión del 10

Yván Pozuelo Andrés

Prólogo de
Pablo Sanz Martínez

Ilustraciones de
Sonia Fernández González



“Divulguemos la Historia para mejorar la sociedad”

¿Negreos o docentes? La rebelión del 10

© 2007, Palabra de Clío, A. C.
Insurgentes Sur # 1814-101. Colonia Florida.
C.P. 01030 Ciudad de Mexico.

Coordinación editorial: José Luis Chong
Diseño de portada y maquetación: Patricia Pérez Ramírez
Ilustración de portada: Sonia Fernández González
Cuidado de la edición: Victor Cuchí Espada

Primera edición: octubre de 2019

ISBN: 978-607-8719-00-6

Impreso en Impresora litográfica Heva, S. A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotomecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.

www.palabradeclio.com.mx

Impreso en México-*Printed in Mexico*

ÍNDICE

Prólogo	5
Introducción	9
EVALUACIÓN=EXTERMINACIÓN	13
La nota es el principal parásito del proceso de enseñanza-aprendizaje	15
Evaluar “para” competencias y la divinidad de la nota	15
La venta final: la prueba de acceso a la universidad	18
La nota es una arbitraria varita mágica	21
La evaluación hechicera	21
La obsesión evaluadora	23
La nota no suma solo resta, discrimina y segrega	24
Criterios de evaluación, criterios de selección	24
La atención a la diversidad	25
SOLUCIONES BÁSICAS CONTRA LA DESIDIA PROFESIONAL Y LA MEJORA DE LA ENSEÑANZA	29
Prácticas docentes obsoletas y represivas	29
Libro de texto	32
Los deberes	40
Los exámenes	43
Algunas medidas organizativas innovadoras y otras imprescindibles	45
Las “Urgencias” en la enseñanza	46
Sin asignaturas obligatorias	46

Reorganizar el tamaño de los centros educativos	48
La anomalía de los Centros concertados y de la asignatura de Religión	49
Formación profesional para los “ciudadanos elegidos”.	52
PRAGMATISMO BUENISTA: LA TEORÍA DEL 10	55
Las marcas	57
Los pasos	61
Significado del 10.	67
Conclusión	73
Semblanzas	79

PRÓLOGO

NEGREROS O DOCENTES

Como bien me dice Yván, con solo esas palabras el ensayo hubiese quedado ya escrito, no haría falta más. Negreros o docentes, para entendernos. Aunque él mismo suavice luego la disyuntiva hablando de realistas o buenistas. Vienen a ser lo mismo. Y en esta máxima síntesis ya puede inferirse de qué va a hablar-nos a lo largo de las siguientes páginas, porque, afortunadamente, no se ha quedado en el título, y ha pasado a desarrollarlo un poco, necesariamente, como nos advierte con elegancia, con la intención de ofrecernos una nueva reflexión acerca del mundo educativo, diametralmente opuesta a las que han venido y vienen haciéndose, y, sobre todo, bien lejos de esa siniestra retroalimentación que tantos teóricos de la educación (por cierto, en la gran mayoría de los casos, seres sin contacto directo con las aulas, fenómeno que también sería susceptible de investigación) aportan continuamente, que parecen querer perpetuar el modelo sin añadir nada nuevo, aparte de dilataciones conceptuales o pequeños parches de colores a este tejido tan tan raído, que ya nada aguanta porque se deshace, queramos o no. Y así viene deshaciéndose desde hace más de un siglo.

Desde el profundo amor a nuestra profesión, Yván nos viene a dejar en este ensayo la lucidez de una mirada bien distinta y necesaria sobre el mundo educativo, sobre la enseñanza, sobre el aprendizaje, sobre la sabiduría. Una mirada que no puede pasar desapercibida. Por eso nos habla, por ejemplo, de esas enormes, monolíticas e inflexibles inercias de los docentes a la hora de enfrentarnos al aula. Tan profundamente asumidas que se han hecho disparatadamente incontestables. De nuestra reiteración obcecada en tradiciones educativas obsoletas, ancestrales, inamovibles, caducas, modélicas hacia la única verdad revelada de la tiza y la tarima.

Nos habla del inmenso riesgo que tenemos los docentes (de esto apenas nada se ha dicho nunca, por cierto) de estrellar a nuestro alumnado, elevado y gratuito en nuestra profesión, sin que nadie se dé cuenta, sin que a nadie le importe, pues nadie se percató de ello.

De los libros de texto (ninguna ley, nos recuerda Yván, los menciona) reverenciados como mantras salvadores, absolutamente prescindibles si el docente sabe lo que tiene entre manos (y de ahí la reivindicada capacidad de improvisación a la que apela el autor), más en la era de internet. Que ni tan siquiera fueron cuestionados a lo largo de todos los años de la crisis económica (tampoco desde los sindicatos, por cierto), como síntoma de discapacidad pedagógica.

De los deberes. Otra costumbre misteriosamente heredada. Tal como él mismo afirma: “el alumno aprende con el profe, no sin él. Y si aprende sin él, entonces *lo que sobra es el profe*”. Que además “se aprende haciendo en clase, no haciendo exámenes”. Que “la enseñanza es saber y saber hacer”.

De su sorprendente *Teoría del 10*, que nos tiene que hacer reflexionar profundamente, y que su autor nos esboza y explica en diez marcas y diez pasos para alcanzarlo... Un ejemplo tal vez extremo, en ocasiones irónico, y que sitúa a la base del profundo cambio que el sistema educativo precisa (y no hablo del nuestro específicamente, pero es indudable que por este deberíamos comenzar). Teoría que recoge, por cierto, un porcentaje de incompetencia propio del profesorado.

De la urgente necesidad de laicismo educativo en una sociedad laica, absolutamente incuestionable si dejamos a un lado todas las consideraciones mercantilistas (religiosas incluidas) que enfangan nuestro sistema educativo.

Nos habla también de la evaluación (la famosa evaluación), claro, como proceso de exterminio, de discriminación en su peor significado: seleccionar excluyendo, eliminando. (¿Desde cuándo, o cómo, los docentes nos hemos erigido, y así nos perpetuamos, en semejantes justicieros, con ciega aceptación además de tal mandato que nos imponemos con tanta ligereza?) Lo que subyace a tal dislate es un temor absurdo, una imposición propia que pasamos a respetar como una amenaza de consecuencias desastrosas si no seguimos al pie de la letra el dictado indeleble que de ella emana, como si un Gran Hermano, justiciero y rencoroso que hubiésemos creado, nos vigilara permanentemente, implacable, feroz. Absurdo, porque, como nos recuerda Yván, “las leyes educativas no son dogmas, y las cadenas que nos pusieron vienen sin candado,

nos las podemos quitar sin protestar”. Absurdo porque es un demonio que no existe, que jamás podrá fiscalizarnos entonces, pero cuya presencia sentimos con más verosimilitud que nuestra propia sombra. Como si las programaciones o la inspección educativa emanasen directamente de artículos del Código Penal.

¿Una evaluación objetiva? No la hay. Y queremos recordar al desapercibido André Antivi cuando introdujo (finales de los 80, ya ha llovido...) el concepto de *constante macabra* para demostrar que, tengas a quien tengas delante, sea cual sea su nivel académico, su inteligencia, sea cual sea el examen propuesto, cualquier evaluador buscará suspensos y escasez de calificaciones brillantes inmolándose en la búsqueda de una distribución gaussiana de resultados que nadie le ha pedido, autoimpuesta como un cilicio. Absolutamente injusta. Se da hasta en profesores comprometidos con una mejora en la calidad de la enseñanza, como señala el autor. Admitir por tanto la evaluación como instrumento fiable... Vaya error. Y no nos vale afirmar que puede ser lo menos malo, ni cosas parecidas. Este sistema educativo del siglo XIX que nos empeñamos en mantener, en contra de toda lógica, como tantas veces ha señalado Ken Robinson, en su denuncia hacia la escuela como castradora de creatividad, inadaptada cada día más a los retos que ya nos viene dosificando el futuro. “No se dan cuenta que precisamente en la *necesidad* de la nota confesamos nuestra incompetencia”, escribe Yván.

La memoria de pez que fomentamos al aplicarla con dogma central de nuestro trabajo, propiciando esa enseñanza bulímica, memorística, incoherente, acumulativa, de caducidad inmediata (¿dónde queda el saber entonces? ¿dónde el querer aprender, más allá de estudiar como polo contrario?). Absolutamente irrelevante, que ya sufrimos nosotros como alumnos y que de forma tan misteriosa se perpetúa año tras año, como si en esto la evolución humana hubiese alcanzado su cénit.

La contradicción más llamativa de todo ello: hablar de un sistema educativo basado en el desarrollo de competencias que prescinde de evaluar las mismas a su término, dejando, además, en manos ajenas, la decisión final de todo el trabajo educativo anterior (mínimo diez años de escolarización). Manos ajenas, asimismo modélicas, reverenciadas en sus decisiones incuestionables por los últimos docentes sumisos que atendieron a esos alumnos que habían logrado titular.

Y habla, lógicamente, de cansancio. Del cansancio de algunos docentes, agotándose tratando de entender lo incomprensible, de la soledad en ese remar

contracorriente, de mantener esa lúcida resistencia (por fortuna comienzan a perfilarse pequeñas islas compartidas). Por eso este texto nos invita, sobre todo, a reflexionar acerca de esa inmensa inercia que arrastran de modo tan generalizado no solo docentes, sino todos los sectores del mundo educativo, familias incluidas (no se salvan ni los tangenciales: sindicatos e inspección educativa), que se suelen envalentonar cuando alguien pone en duda la necesidad de todo lo que el autor menciona: libros de texto, calificaciones, evaluación, deberes... Esa lamentable búsqueda de resultados *solo* socialmente bien vistos.

Terminamos con dos pequeñas aportaciones. La primera es reciente: el alumno más brillante de España en este curso, evaluado con 10 sobre 10 en su bachillerato, y con 14 sobre 14 en las pruebas de acceso a la Universidad quiere ser dramaturgo, no científico. Es algo que da que pensar. La segunda es una frase de Roberto Rossellini, título de un libro que publicara hace cuarenta años ya (!), y que de forma indirecta nos retrotrae a los negreros, a este interesantísimo ensayo que tanto debería hacernos reflexionar: que *un espíritu libre no debe aprender como esclavo*. Porque sobran esclavos y siguen faltando, cada vez con más urgencia, espíritus libres que puedan mostrarnos caminos nuevos por donde transitar. Y enseñar. Y educar.

Pablo Sanz Martínez

INTRODUCCIÓN

“Las personas mayores me aconsejaron abandonar el dibujo de serpientes boas, ya fueran abiertas o cerradas, y poner más interés en la geografía, la historia, el cálculo y la gramática. De esta manera a la edad de seis años abandoné una magnífica carrera de pintor.

Había quedado desilusionado por el fracaso de mis dibujos número 1 y número 2. Las personas mayores nunca pueden comprender algo por sí solas y es muy aburrido para los niños tener que darles una y otra vez explicaciones. Tuve, pues, que elegir otro oficio y aprendí a pilotar aviones. He volado un poco por todo el mundo y la geografía, en efecto, me ha servido de mucho; al primer vistazo podía distinguir perfectamente la China de Arizona. Esto es muy útil, sobre todo si se pierde uno durante la noche.”

El Principito, Antoine de St Exupéry, 1943

Este ensayo expone de forma heterodoxa una crítica de la evaluación en la enseñanza pública obligatoria. No solo del sistema evaluador actual en sí, no, de la evaluación a secas. Refuta incluso la existencia de una buena evaluación, de una evaluación justa, de una evaluación objetiva que existiera tras un análisis profundo, descubridora del supuesto complejo mecanismo del proceso evaluador natural al hombre. Para ello no citaré a ningún autor y menos a los actuales. Tras Comenius, Diderot, Condorcet, Lessing, Marx, Engels, Bakunin,

Ferry, Pestalozzi, Plejanov, Ricardo Mella, Ferrer i Guardia, Joaquín Costa, Dewey, Montessori, Piaget, Vygotsky y Bajtin, y en general los ideólogos krausistas, anarquistas, socialistas y comunistas, poco se ha descubierto e inventado. Sus sucesores versionaron sus reflexiones. Por si fueran pocos, como si estos autores no hubieran existido o sus teorías hubieran caducado o no pudieran aplicarse a nuestro contexto, cada país produce en la actualidad, en todos los idiomas, a teóricos de la educación. En prácticamente todas las universidades se cuenta con un departamento dedicado a la educación. Incluso en algunos países, se cometió el error de obligar a dichos docentes a escribir artículos para justificar su puesto. Y escribir saben. La cantidad de tesis doctorales sobre los diferentes aspectos de la enseñanza es elevada. Hasta este ensayo ya está escrito; pero no en el mismo tono, pues aquí toma la forma de arenga. El tono es clave, sobre todo cuando se tarda tanto en hacer caso al académico, tan insulso y, por consiguiente, muy poco convincente.

Así pues, este ensayo no se enmarca en el academicismo educativo actual sino en provocar de inmediato una reflexión en quien lo lea. Para el público general, se concibe como una oportunidad de vislumbrar el tipo de sistema educativo impuesto en base a la vaca sagrada de la evaluación. En el caso del profesorado, la intención se ciñe en convencerle de dejar de ser negrero para optar a convertirse en docente, sobre todo si vive la experiencia de sentirse agarrado. Y en los aspirantes a profesores, el propósito se orienta a suscitar interrogantes como ayuda para comprender mejor sus primeras prácticas en torno a una de las cuestiones cruciales para el Ser docente: ¿para qué debe servir esta profesión?

De algo se está seguro: los docentes somos más importantes que los pilotos de avión. Por tanto, no entiendo la diferencia salarial existente entre ambos, siendo la del profesorado más baja. En efecto, en toda su vida profesional una persona que se dedique a pilotar aviones puede estrellar como mucho a 500 pasajeros, nosotros lo podemos hacer cada año durante decenas de años. Así pues, nuestro salario no se equipara a nuestras responsabilidades, contradiciendo las enseñanzas recibidas desde la vieja escuela. ¿Cómo es posible? Para evitar estrellar a los pasajeros, el piloto cuenta con unos instrumentos y materiales óptimos para desarrollar su labor. Asimismo, se benefició de un periodo de formación adecuado a la tarea. En nuestro caso, ni instrumentos, ni materiales óptimos, ni formación a la altura de nuestra responsabilidad. Bien, esto es lo que hay. Podemos resignarnos o sentirnos como ese pobre hombre

en una trinchera, sin medios, ingeniando cómo, él y sus compañeros de infortunio, podrían sobrevivir a la batalla.

Otras profesiones merecen la misma comparación: por ejemplo, la médica. ¿Por qué ganan más si no pueden ser practicantes sin pasar por las manos de maestras y profesoras? Sin médicas, sin pilotos, la humanidad seguiría su curso, con menos comodidad quizá. En cambio, no hay humanidad sin docentes, no habría médicos ni pilotos.

De modo general, casi empalagoso, podríamos asentar que todos somos docentes de terceros en algún momento de nuestras vidas, siendo los progenitores los primeros en intentarlo. Con la evolución de la sociedad se dedujo la necesidad de profesionalizar esa enseñanza. Primero, para formar a los hijos de las clases privilegiadas, para perpetuar su estatus social, y ahora, en el mundo “occidentalizado”, para todos, independientemente de la clase social. En principio, los cambios, la democratización y masificación de la enseñanza, respondieron a las necesidades de las clases acomodadas con vistas a disponer de una mano de obra mínimamente cualificada y así saciar sus apetitos empresariales ligados cada vez más a la evolución tecnológica. Acompañada la necesidad siempre de una moral, preponderadamente religiosa, en algunos casos agnóstica o incluso atea, tanto en un régimen político monárquico como republicano, liberal, socialista... En medio de los diferentes contextos históricos ¿qué significa ser docente?

Para hacer la lectura más fluida, a la hora de tratar la diversidad del elenco de los docentes, hablaré de “buenistas” y “realistas”. En un principio pensaba que el contrario de los buenistas sería los “malistas”. Por lo visto no es así, se erigen como “los realistas”. Evidentemente, una misma persona puede estar en las dos categorías según el momento. En mi caso, no deseo esconderlo: soy buenista profesional. Empero este ensayo no pretende, precisamente, un acuerdo al 100% con la totalidad de las consideraciones y proposiciones expuestas. El “100%” en los docentes pesa como una losa para avanzar juntos y luchar contra esos corsés y cadenas heredadas de los unos y de los otros. Con estar un poco de acuerdo valdría para cambiar por completo la enseñanza pública obligatoria. Como toda frontera es ficticia, tendente a la simplificación, incluyo por enseñanza pública obligatoria a la etapa de 0 a 6 años y a la de bachillerato, dos etapas impuestas por las familias y la sociedad. Este contexto implica una enseñanza estatal para toda la juventud, siendo esta amplia y diversa. ¿A quiénes debe favorecer este modelo?

En tres sencillos capítulos abordo la problemática resumida en el título de este ensayo a modo de interrogante: ¿Negreros o docentes? En el primero, el foco se orienta sobre la cuestión de la nota como instrumento privilegiado de la evaluación que considero sinónimo de exterminación. Para proseguir en el segundo, desviando la atención hacia la presentación de soluciones básicas tanto contra la desidia que afecta a la mayoría del profesorado como a la mejora del sistema y así evitar los principales efectos nocivos de la evaluación en el contexto actual. No se pretende lanzar proposiciones ni teorías para posponerlas *ad calendas graecas* sino como opción de actuación inmediata. Como menosprecio y rechazo del “buenismo” todo lo que se le parece se le suele tirar al saco de la utopía como excusa para así no cambiar nada con relación a la enseñanza del “tú a tú” con el alumnado. Esta, la utopía, no forma parte de mi planteamiento buenista. Por último, el tercero, se dirige especialmente al profesorado que ansía abandonar su primitivo rol asignado de represor para optar exclusivamente por el de docente, con la exposición de la “teoría del 10”. Una propuesta de lucha socavada que tiene como objetivo eliminar o al menos paliar las perjudiciales consecuencias de la evaluación para la enseñanza pública obligatoria.

EVALUACIÓN=EXTERMINACIÓN



Si no nos enseñaron a enseñar, tampoco nos enseñaron a evaluar. No obstante, sin casi ningún pudor, ponemos notas, sin más. Puntuar es nuestra profesión.

Entre las cosas que me marcaron de pequeño, recuerdo las películas sobre la esclavitud de la población africana; esa llegada al país de destino... Los compradores necesitaban evaluar el estado físico de estos hombres y mujeres. Tras una primera valoración, se les ponía un precio, correspondiente a una futura tarea, y los amos los compraban. Incluso, los mejores esclavos, los de 10, pasarían a ser evaluadores; esclavos evaluando a esclavos. El sistema, desde entonces, se perfeccionó para cumplir con los avances morales y éticos de la sociedad hasta llegar a esconder la existencia de la esclavitud.

Por su parte, los buenistas que apuestan por la evaluación, la confunden con el diagnóstico médico. Vas al doctor, te haces una analítica; te falta vitamina C, te manda tomar vitamina C. Te sobra ferritina, te manda hacer una sangría, etc. Sin embargo, son dos acciones totalmente diferentes, no puede extrapo-

larse a la evaluación en el mundo educativo. El médico atiende la diversidad, la analiza y actúa para mejorar su estado, realizando variaciones según la evolución del paciente. Parece lo mismo pero es un espejismo. El profe puntúa, selecciona y elimina. Por su parte, las autoridades educativas trabajan para enmascarar cada vez con más refinamiento la realidad de nuestra función. Se adelantan al desnudo de la superchería. Se apresuran en salvar los muebles inventando una nueva expresión para prolongar un ratito más el engaño y proseguir con la práctica real de la exterminación: la evaluación de diagnóstico. Una prueba propugnada por la Administración educativa en varios momentos de las diferentes etapas del sistema escolar para nutrir las estadísticas nacionales e internacionales sobre educación que no sirven para absolutamente nada. Parecen imbatibles en reinventarse, tomando la piel buenista. El juego malabar de las palabras es una de las bazas de las autoridades para vender el humo de una evaluación justa y de la de los realistas para justificar el sistema de selección de esclavos.

A veces para cambiar tan solo hace falta encontrar las preguntas propicias para abrir el camino de la innovación; aunque se desconozcan las respuestas. Otras obtienen respuestas inmediatas. Las oímos como si no fueran con nosotros, evitando entonces desencadenar el cambio instantáneo. Por ejemplo: ¿es posible tener ceros (muchos) y aprender? Todos los profes contestan positivamente, incluso con “por supuesto”. Entonces ¿a qué viene el 0? ¿Cuál es su mensaje? Y ¿por qué a los hijos de familias acomodadas con ceros no les influyen los ceros en su vida? En general, ¿cómo se puede ser “idiota” después de 12 años de estudios y haber pasado por las lecciones de casi un centenar de profes? ¿Cuánto más se estudia más se vuelve uno “imbécil”?

Sin amalgamas, minutos después del debate entre los cuatro principales candidatos a la presidencia del gobierno de España en abril de 2019, una periodista les rogó calificar su actuación con una nota. Ninguno quiso ponerse una. Inútiles probablemente pero suicidas no. Ninguno cayó en la trampa. De haber contestado hubiera sido negativo para sus intereses, independientemente de la nota elegida. Hubieran estado más cerca de su eliminación. ¿Qué esconderá la “nota”?

Con simples preguntas trasluce la existencia de disfunciones graves en nuestro sistema escolar. Suelen descubrir, tapada por una histórica maleza metodológica tradicional, la escondida senda de la verdadera atención a la vez individual y colectiva de la juventud. Por ejemplo ¿cuántos repetidores no son

listos? Listos sí, pero demasiado vagos. ¿Son vagos porque son listos o son listos porque son vagos? Por consiguiente, ¿se evalúa sobre todo la pereza? Entendiendo la pereza... de copiar, memorizar, leer, hacer ejercicios, deberes y exámenes. Personalmente, rara vez vi a un repetidor no ser listo. Y ¿por qué los profes no se hacen esas preguntas? ¿Por qué los que se las plantearon siguen con el tema de la evaluación como si fuera la joya de la corona del proceso educativo?

Hoy, la ley actúa como dique de contención de las exigencias autoritarias del profesorado. Si fuera por nosotros, estudiarían cuatro, al resto, los que “no quieren estudiar” los pondríamos a trabajar. Efectivamente, no quieren estudiar, quieren aprender. Estudiar te hace estudiante. No es una profesión, y son una ínfima minoría. Los profes somos como esos líderes y guardianes nazis de los campos de exterminio cuando se encontraron después de la guerra ante el tribunal militar. No nos responsabilizamos porque no tenemos conciencia. “Mi conciencia era Hitler” repetían para disculpar su actuación genocida, la nuestra se versiona con “Mi conciencia es el sistema”: “No sabíamos qué pasaba, qué hacíamos”.

LA NOTA ES EL PRINCIPAL PARÁSITO DEL PROCESO DE ENSEÑANZA-APRENDIZAJE

Evaluar “para” competencias y la divinidad de la nota

Los profes somos recalcitrantes. Logramos en pocos años pasar de evaluar “por” competencias a evaluar “para” las competencias. Este truco de *passe-passe*, procede de la falta de formación sobre cómo evaluar por competencias, lección ausente para su puesta en práctica. Explicaciones construidas a través de interpretaciones personales como ayuda para ubicarse en esta nueva nomenclatura procedente de instancias de la Unión Europea. Las competencias rompían el hermetismo de las especialidades. Estas pasaban a un segundo orden, copando la atención didáctica una serie de competencias que se adquieren en todo proceso de aprendizaje.

En los documentos oficiales sobre educación se plasmó de manera nítida la relación de los principales elementos del proceso de enseñanza-aprendizaje: las competencias se adquieren, los objetivos se alcanzan, los contenidos



se trabajan y los criterios de evaluación evalúan esa adquisición, ese alcance y ese trabajo. La adquisición de las competencias se produce al trabajar los contenidos a través de las actividades organizadas por el profesorado. Pregunta: ¿Cuándo, obviamente según el nivel de habilidad requerido, se adquieren? Si un alumno tiene en una asignatura un 1 durante cuatro años ¿no puede lograr las competencias sin esa asignatura? ¿Y si lo tiene en cinco asignaturas? Si una alumna tiene un 8,62 en la competencia digital, por ejemplo ¿la tiene adquirida o no?

Dos contestaciones posibles:

- 1 “No, la tiene a un 8,62”. Entonces ¿el 10 sería el indicador numérico para entender una competencia adquirida por completa?
- 2 “Sí”. Entonces ¿el 5 sería el umbral de la adquisición? ¿Cómo explicar los puntos de más?

Evaluar por competencias, una lógica escondida para el profesorado hasta principios del siglo XXI, entra en contradicción con las notas numéricas. La competencia o la tienes o no la tienes. ¿Cómo puedes adquirirla un poco, bastante o mucho? ¿O sabe y sabe hacer, lo que se considera deba saber o saber hacer, o no? Contestamos con un 1,77, 4,22 ó 7,45, o incluso 9,07. Si además, te sirves de una calculadora para obtener la nota, entonces te acabas de des-

pedir del proceso de enseñanza-aprendizaje. De usarla, que sea al menos para hacer la media de muchas, muchas notas y así parecerse un poco más a una evaluación continua. Por ejemplo, si das 105 sesiones de clase, la lógica de la evaluación continua te llevaría a contabilizar al menos 105 notas. ¿Por qué no se les puntúa todos los días? ¿Acaso subiría de por sí la calificación? ¿Por qué no registrar todos los ejercicios, deberes, trabajos y sus correspondientes actitudes y esfuerzos con el mismo valor porcentual? Al menos el uso de la calculadora tendría una base sólida.

Después de doce largos años de notas, puedes llegar a puntuar a una alumna con un 4,63. Especialmente asombroso cómo redondeamos. Todos los profes rompen todas sus rúbricas, tablas Excel y criterios de calificación, al menos tres veces en los 10 meses que dura el curso escolar ordinario, en esos horribles momentos escenificados por unas juntas de evaluación, donde cualquier nota puede ser cualquier otra. Lugar privilegiado donde la evaluación adoptó incluso categorías especiales: los “cortitos” y las “cortitas”. Expresiones de la dictadura cultural de la nueva elite arribista y bien avenida, precisamente pronunciadas por profesionales de dudosa capacidad científica y por desgracia también por los “buenos”, utilizadas como forma adecuada para evidenciar la supuesta poca capacidad intelectual del alumnado.

Otra expresión, “está en la programación”, ampara absolutamente cualquier despropósito, paraliza cualquier atisbo interrogante y nos deja vía libre para subir y bajar la nota por arte de magia. Da igual que la ley muestre claramente en todos sus apartados sobre cualquier cuestión interna el deber de favorecer al alumnado, nosotros nos empeñamos en sacar nuestros ases de la manga: castigar la falta de esfuerzo o de actitud. Tanta precisión numérica, a través de las cuadrículas del papeleo evaluador para acabar saltándose nuestras propias reglas del juego. ¿Cómo no reproducir luego en la sociedad esa esencia tan bien adquirida durante los doce años de observación de gestos alejados de toda lógica en la formación académica? Me imagino en la NASA, esperando el último cálculo para hacer despegar el cohete:

—¿Cuánto?

—¡3,53!

—Ok. Gracias. ¡Kevin, pon un 3!

Claro, el cohete es más importante que una nota de educación obligatoria. ¿O no? En Houston no vale el diletantismo, ni el método del Dr. Couet, ni los sofismos.

Los medio buenistas son utópicos. Desean que la nota o su sinónimo intelectual “la calificación” sea tan solo un elemento informativo sin consecuencias reales para el futuro inmediato y medio del alumnado más allá, en caso de estar por debajo de la media, de reforzar su acción sobre él. Sonar suena bien, real no es, a la vista está. “Informativamente” hablando la nota selecciona para eliminar.

De todos modos, los profes lucharon para darle la vuelta a las competencias. En efecto, estas vinieron a explicar la posibilidad de ser adquiridas por vías diferentes, no obligatoriamente a través de todas las asignaturas dispuestas por el sistema educativo en su conjunto. ¿Cómo aceptar la evaluación positiva, por parte de un profe de otra asignatura, de la adquisición por una alumna de una competencia supuestamente más relacionada con la tuya?

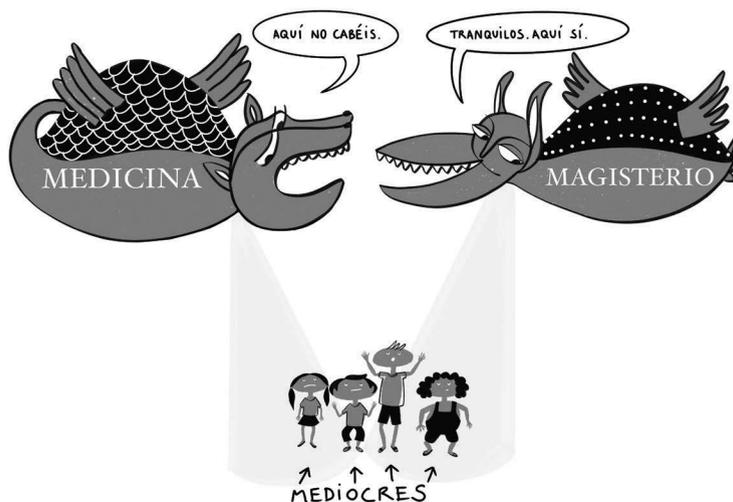
Resultado: con los años, los profes lograron matar las competencias gracias a una nueva estrategia de desgaste para volver a lo de siempre, rompiéndolas en cachitos, por medio de la elucubración de rúbricas incapaces, después de tantos años de ensayos, de homogeneizar la evaluación respetando la diversidad. Precisamente porque las habilidades no se compartimentan; se adquieren o no y punto. De haber una tabla evaluadora, como mucho podría contemplarse el sí o el no. Una nota, por ejemplo, un 6,66, sería un increíble “sí 6,66” y, a la vez, un “no 4,44”. Incrédulo, pensaba en una educación basada en métodos científicos. La evaluación se sitúa en las antípodas. Tan solo se diseña una apariencia de justicia para acreditar ante el alumnado y las familias menos rebeldes, más “respetuosas”, más conformistas, su eliminación como sujeto aprendiz, no solo del sistema educativo sino de la sociedad “cultura”.

La represión pedagógica está cada vez más afinada para esconder mejor el sistema de purga basado en la puntuación. Este boli con tinta no escribe; lo tiramos.

—¡Ah! ¡Es tu hijo! Lo siento.

LA VENTA FINAL: LA PRUEBA DE ACCESO A LA UNIVERSIDAD

¡Y LA PRUEBA DE ACCESO A LA UNIVERSIDAD! gritan indignados los realistas aferrándose a este sistema caduco. Pues chillando también contesto: SOMOS TAN, TAN, TAN IMPORTANTES LOS PROFES PARA ESA PRUEBA QUE UN MES ANTES TERMINAN LAS CLASES. En general, el alumnado no suele aparecer por las aulas. Ante la gran final, un mes antes del día D, se le



revela al conjunto de los entrenadores su inconsistencia. En España, a esa prueba se le denominó durante los años democráticos “la Selectividad”. El nombre lo dice todo. ¿No te llamó nunca la atención esta bella palabra para dar por finiquitados doce o quince años de preparación académica? En la tarima de la venta de esclavos, con sus notas puestas, se les distribuye entre las casas de los propietarios. Aprobar bachillerato —y si fuera el caso la prueba de acceso a la universidad— te confiere la libertad oficial en el primer día como esclavo titulado. Para eso te hemos preparado. Si bien preparamos a unos mejor que a otros. Quisiera conocer la proporción de hijos de médicos trabajando en una profesión de carreras de cinco.

Un sistema con principios evaluadores basados por competencias acaba con un examen que no las evalúa, estimando lo de siempre, la acumulación de conocimientos. Y nosotros tan tranquilos, aceptando dicho tipo de selección como si la naturaleza no fuera suficiente, como si nosotros precisamente no estuviéramos para equilibrar las injusticias de la naturaleza económica en la que se ha nacido, sino aguardándola durante toda la formación escolar obligatoria.

Este tipo de selección donde una persona depende de la nota de entrada establecida para cursar una carrera universitaria menosprecia un gran conjunto de profesiones tan imprescindibles como las de notas altas. En ese sentido, se desea convencer al estudiante de elegir las correspondientes a su nivel de calificaciones para no malgastar ese supuesto talento extraordinario demostrado

tras aprobar todos los exámenes durante su vida escolar. ¿Cómo va a hacer otra cosa si su nota le encumbra hacia el pedestal de las profesiones estelares de esta sociedad? ¿Por qué desperdiciar ese talento?

Otro de los argumentos “imbatibles” toma su esencia en hacer creer que si no hubiera ese corte todo el mundo iría a ese tipo de profesiones, o al menos lo intentarían muchos más mucha más gente. Por lo visto, la cantidad reduce la calidad. Quizás Malthus se interesaría por esa teoría. “Cuando tengas un infarto ¿en qué manos quieres caer?” Como si quisiéramos todos tener ese tipo de profesiones si no hubiera notas de corte. Como si alguien con nota no hubiera sido influenciado por el propio sistema de corte, para que no se rebajase al nivel de carreras donde entraría junto con sus compañeros “menos aplicados”. Como si todos los estudios sobre motivación y la experiencia de cada uno de nosotros no nos hubieran demostrado lo fundamental de ese estímulo. En efecto, los profes seguimos con orgullo sin integrar ninguno de los resultados de los estudios sobre la realidad del aprendizaje.

Las carreras universitarias no necesitan notas de corte, si no vales para estudiar medicina, no vales, la carrera te pondrá ante la evidencia, te lo dirá. No se puede prever de antemano, hasta los negreros se confundían en su evaluación de corte. El más musculado no era el más fuerte ni el más resistente. El planteamiento tradicional manipuló el proceso de enseñanza-aprendizaje amalgamando el ser buen estudiante con ciertas profesiones, desperdiciando la oportunidad de contar con buenos profesionales independientemente de la profesión elegida. Un injusto sistema de acceso a la universidad, de pies a cabeza, difícilmente sería capaz de regalar una sociedad “justa”. Por cierto, se les pregunta sobre el 10% de lo que se les hace tragar de conocimientos. Su lógica de selección abrumba. A mí me rebela. Nos debemos rebelar. No hace falta utilizar la violencia ya que nos educaron para solo sufrirla y no devolverla. De eso se encarga el tercer punto de este ensayo con la descripción de la teoría del 10.

No solo el corte es injusto para las de 10. A los del cinco se les dirige también hacia “sus” carreras. No saben de los poderes adivinatorios de los profes; conocemos qué y dónde estudiarán: en las carreras de cincos. Los buenistas se sitúan en la libertad de acceso a cualquier carrera, en la libertad de elección de la universidad en la que se desee cursar la carrera. ¿De la realidad del plantel docente universitario qué? El ámbito universitario no es objeto de este ensayo, Dios me libre. Si nosotros estamos distanciados de la realidad de nuestro alumnado en términos generacionales, el profesorado universitario

simplemente vive en otra galaxia. Los exámenes de acceso a la universidad están allí para demostrarlo. Prefiero que dichos profesores cobren por no hacer nada —no va con segundas ni con sarcasmo— que seguir con un sistema tan absurdo y productivo de generaciones frustradas. Este sí sale caro.

En general, la última etapa escolar antes de acceder a estudios superiores se resume de la forma siguiente: yo que no soy médico te digo con toda la confianza y amor del mundo, incluso con argumentos, antes que te lo digan los médicos, que no vales para ser doctor.

LA NOTA ES UNA ARBITRARIA VARITA MÁGICA

La evaluación hechicera



En el lado buenista, varios se empeñan en imaginar la existencia de una “evaluación justa”. Si bien su método abandona el “genocidio” educativo de la metodología realista sigue sin romper del todo con el pasado autoritario. El rasgo dictatorial, vivo en el carácter del profe, se resiste. Sobre todo porque se pretende aliar nuevas metodologías con la nota tradicional. Si bien las nuevas metodologías mejoran los resultados numéricos, siguen por su culpa sin dar el salto definitivo hacia una docencia para todos. Incluyo como nota también las categorías de suficiente, bastante bien, bien y sobresaliente o cualquier otro tipo de calificación.

Algunos buenistas creen —no están convencidos— en la existencia mágica y divina de una evaluación justa. Hasta metodologías más adaptadas a la realidad del aprendizaje, como la cooperativa, por citar una, finiquitan los hitos de la adquisición de las diferentes habilidades con una nota. La fórmula es diferente; sin embargo el resultado acaba sentenciando con una nota comprendida entre el 0 y el 10. Es la magia de la evaluación. Sorprende divisar en la postura de profesores comprometidos con la mejora de la calidad de la enseñanza desde la inclusión su confianza en la superstición de la evaluación. Explican la disfunción del sistema tan solo porque entre las decenas de miles de profesores y los centenares de investigadores dispersados por el mundo no logramos entre todos aún descubrir la ecuación de la evaluación. Todavía hay gente buscando el Santo Grial. No es ningún problema. Esa búsqueda tan solo alarga la vida de la evaluación; mientras, aparta, discrimina y retrasa el avance de la sociedad hacia un mundo cada vez menos ignorante, injusto y violento. Para más inri, se ansía encontrar una evaluación robotizada. Es un imposible. Sin embargo, se multiplican las charlas, con mucha percha y bien vestido, anunciando haberla localizado. Ambicionamos aplicar a todo el alumnado exactamente lo mismo, o como mucho con tres o cuatro categorías a modo de justificación oficial de la implementación de la atención a la diversidad.

En el caso de la enseñanza obligatoria, la propia palabra “obligatoria” elimina la evaluación como elemento del proceso educativo. La obligatoriedad falsea por completo el proceso. Es como obligar a una persona a comer y luego pretender averiguar cuánta hambre tenía y cuánta comida debía necesitar. Saber y saber hacer no se miden, se sabe y se sabe hacer. Que unos sepan y sepan hacer en algún momento mejor que otros no tiene importancia alguna, nuestra misión es que sepan y sepan hacer. Nuestro propósito no puede ni debe ceñirse a si saben o saben hacer a un 3,67 o a un 8,42. No es problema del sufrido alumnado si no sabe, es el nuestro. Admitir la evaluación como un instrumento fiable para enseñar a toda una sociedad es el principal problema del mal estado del proceso educativo, de las clases aburridas y por consiguiente absurdas. Este problema fomenta las actitudes intolerantes, en ningún caso las frena. Hasta la saciedad repetimos que las notas no son lo importante, concluyendo el proceso con ellas. No nos cuesta nada en absoluto retirar el concepto de competitividad de nuestro léxico diario y terminar el curso escolar poniendo notas diferentes. Un buen saber hacer docente sería, por ejemplo, llegar a concordar las palabras con hechos.

La obsesión evaluadora

He participado durante años en las evaluaciones y los controles de las evaluaciones de las solicitudes de subvenciones a través de los proyectos Erasmus+ de la Unión Europea. Presencí como mil profes y profesionales de diferentes ámbitos laborales relacionados con una actividad evaluadora, formados y seleccionados para la tarea, examinaron —vaya por delante, con gran profesionalidad— una misma propuesta con el objetivo de puntuarla entre cero y cien. El mismo proyecto evaluado por todos obtenía cuarenta notas diferentes, en una oscilación comprendida entre el cuarenta y el noventa. Todas ellas justificadas con más de 8 folios de valoraciones redactadas; la homogeneidad de los expertos evaluadores en todo su esplendor. Incluso cuando se había negociado por grupos la nota, esta variaba en sus diversos alegatos. Comprobé cómo con tan solo una pregunta, una reflexión, un profesional podía cambiar su nota, acción para mí de las más loables. Profes que evalúan propuestas de profes. Los cien puntos les parecían a algunos insuficientemente precisos. Así pues, reclamaron poder rematar la nota con medio punto. Se les concedió el deseo de esa obsesiva búsqueda de la evaluación objetiva. Por ejemplo, es posible otorgar un 50,50 o un 93,50. Por si fuera poco, en ese proceso, en algunos países, habiendo sido pionero España, existe la figura del “controlador”, es decir, un evaluador del evaluador: profes evaluando a profes que evalúan los proyectos presentados por profes. Al final de cada proceso el evaluador también evaluaba al controlador.

De esta misma guisa, se puede tratar del proceso de oposiciones a la función pública donde profes evalúan a otros profes, suspendiendo a colegas que llevan años dando clases y evaluando. Eso sí, estos en condición de interinos, integrarán las aulas desde el primer día del siguiente curso escolar. Aquí la eliminación se antoja aún más enrevesada y más torturadora. Así pues, se aplica contra ellos el mismo nivel de evaluación que ellos y sus evaluadores emplean contra el alumnado.

LA NOTA NO SUMA SOLO RESTA, DISCRIMINA Y SEGREGA

Criterios de evaluación, criterios de selección



Antes el profe entraba, hablaba y sentenciaba. Para acabar con esa indefensión del alumnado y por extensión de sus familiares, se fue reclamando una planificación y sobre todo la información relativa a las metas a alcanzar. No parecía demasiado descabellado. Empero ahora que el profe ya no entra en clase para hablar y sentenciar ¿cuál es su sentido? ¿Por qué se establecen los criterios de evaluación, indicadores, mínimos, estándares, que nadie tiene intención de entender? ¿A qué terrestre van dirigidos? ¿Cuál es su interés? ¿Sirven para algo?

Pocos expertos son capaces de distinguir si los criterios que se establecen son mínimos o son máximos. En la mayoría de los casos son máximos denominados, según la nomenclatura elegida por el partido político en el gobierno, como mínimos o estándares. Es un auténtico desbarajuste, un caos conceptual cuyos platos paga el alumnado, sobre todo el de atención a la diversidad. En vez de concentrar los esfuerzos en la didáctica de la clase nos agotamos en entender lo incomprensible, empleando un precioso tiempo en establecer sus límites, oyendo argumentaciones contrarias pero bien sonantes. Si estamos en una legislación comprometida con la atención a la diversidad ¿nos correspon-

de planificar criterios de evaluación a la diversidad? ¿Cómo puede haber diversidad con los criterios de evaluación de la vieja escuela? ¿Tanto cuesta entender que somos diferentemente iguales?

Tablas, rúbricas, flechitas para arriba y para abajo, los signos de menos y más, porcentajes, ponderaciones, el profesorado cuenta con una serie variada de instrumentos exterminadores para derivar sus frustraciones profesionales y personales contra el alumnado más obediente a la “autoridad”.

La nota no califica, descalifica. Somos como los fumadores, adictos. Sabemos que el tabaco castiga nuestro cuerpo, nuestra vida y la de los demás, pero seguimos fumando. Somos adictos a la opresión evaluadora.

La atención a la diversidad



¿Tiene derecho o tiene el mismo derecho una joven con trastornos intelectuales a ser vaga que uno considerado como alumno sin necesidades educativas especiales? Impresiona pero es la realidad, la respuesta se contesta con la negativa. Solo tiene derecho a ser vago el del perfil habitual, el único cuyo mal rendimiento se justifica por la pereza. Esta se encuentra diluida en los “no habituales” justificándola solo a través del propio rasgo del trastorno.

Anteriormente, hemos visto que los profes éramos expertos en darle la vuelta a la tortilla. “Por competencias” pasamos a “para competencias”. Lo

mismo hicimos con la evaluación continua volviendo a la “discontinua”, repleta de “recuperaciones”. En cuanto a la atención a la diversidad, tan solo nos la imaginamos como una creación artística mental, inexistente gracias a las notas cuya función se basa precisamente en paralizar cualquier atisbo de singularización.

La atención a la diversidad se instauró como las competencias, como los mínimos exigibles, como los estándares de evaluación, tan solo una hora antes de empezar la primera clase del nuevo curso escolar, noticia que los profes reciben sin comprenderla ni deseando entender. A estas alturas espero que el lector haya comprendido la utilización de la caricatura, la ironía y el sarcasmo para no alargar el relato, a modo de atajo discursivo-comprensivo. Eso sí en pequeñas dosis.

Como batalla no perdida del todo, los profes se fijaron que en un principio se aplicaba exclusivamente a la enseñanza obligatoria, salvándose pues el bachillerato de tan rebajada exigencia en contenidos. ¡Dios, gracias a la evaluación! Un no-vidente lo puede ser hasta el final de la obligatoria, a partir de bachillerato debe recobrar la vista. ¡Qué poco confiamos en nosotros! Con todo, la legislación avanza y obliga a atender a la diversidad en bachillerato aunque sea sin demasiada exigencia y de forma “quedabién”. Resulta lamentable pero la ley nos obliga a cambiar, por nosotros mismos no hubiéramos llegado hasta tal extremo. Realmente, ni tan siquiera se respeta.

Si ahora se debe atender la diversidad ¿cómo se evalúa? Los conceptos introducidos a modo de “novedades”, como la atención a la diversidad, se instauraron con calzador. ¿Qué será eso? ¿Cómo hacemos? Pues, muy simple, decimos que la implementamos en nuestro diario didáctico pero al final, que para nosotros es desde el principio, “hay que saber lo que hay que saber”. No lo sabe, pues suspenso. ¿Por qué tendrá un cinco ese alumno si a su edad los que no sufren de “ninguna” discapacidad sacan un tres por vagos y no por falta de capacidad e intentamos que repita?

Al menos esa medida introdujo en el conocimiento educativo la realidad de significados distintos para una misma nota. Hay muchos treses, seises, etc. Como los colores, verdes los hay de decenas de tipos, todos ellos verdes. En una paleta de colores verde ¿cuál es el verdadero verde? En principio, esta realidad la entendemos para cualquier nota salvo para el 10.

El sistema actual es un garaje con mecánicos y un montón de coches para revisar y arreglar, cuyas revisiones y arreglos están abonados de antemano pero

sin tiempo para revisarlos y arreglarlos todos. Como solo tienes un pequeño arreglo, no te lo arreglan porque deben priorizar los más urgentes. Se te van acumulando los pequeños arreglos, intentas arreglarlos tú mismo junto con tu familia sin los profesionales adecuados. Si tienes suerte aparece un mecánico, cansado, dispuesto por fin a atenderte pero desconociendo el funcionamiento de tu coche. Si tu coche está dentro de los estándares tendrás algo más de suerte. Los que tienen dinero logran pasar por delante o llegar al profesional especializado para su revisión o arreglo.

Con la atención a la diversidad, quizás el error consistió en haberse saltado el primer paso: la tolerancia a la diversidad. Decretar la “bondad” o la “justicia” no basta para repartirla. Con vistas a atender a la diversidad, como paso previo, deberíamos primero practicar la tolerancia a la diversidad. Aún hoy, por ejemplo, el enanismo se equipara a una persona con retraso mental, apta para ser exhibida en un circo, para reírnos de ella.

—Antes era así y no pasaba nada. No quedamos traumatizados.

—Tú quizás no, aunque tengo serias dudas.

Cualquiera con una distrofia o enfermedad física es presa de la burla o en el mejor de los casos del paternalismo. Si además el problema lo sufre en la cognición entonces ya no vale para nada, salvo para burlarse. La burla es la discriminación de la atención elitista. La evaluación valora el nivel del “defecto” rehén de la burla. Por tanto, la nota y en general la evaluación fomentan el acoso escolar a veces como instigadoras, siempre como buenas cómplices. Todas las notas, las bajas, las medias y las altas lo avivan. Son más visibles en las bajas pero se provoca también con los dieces del método tradicional al señalarlos como “empollones” dentro de un grupo. Estas actitudes se ceban con mayor intensidad contra las mujeres por el nivel de exigencia que la sociedad les impuso como modelo virginal. Cualquier signo o señal de “defecto” les pone en peligro de ser víctima de acoso escolar. Incluso en los Centros supuestamente “progres” todavía se ríen de un sobrepeso, del de las gafas, de la chica del pelo corto, del chico del pelo largo, etc. Por supuesto que es cuestión de educación en casa, de la familia, pero cuando afecta, y afecta, al rendimiento o progreso formativo se convierte en una cuestión escolar. Entonces se esperan respuestas y propuestas para frenarlas porque el aula es el espacio de convivencia privilegiado donde la sociedad naciente se reúne. Lo “bueno” de la nota reside en su supuesto índice de objetividad. Con ella, el maltratador más pertinente del

mundo que sabe bien lo que hay que saber y saber hacer tendrá su 10. Puedes pensar que la homosexualidad se origina por “vicios” o “enfermedades” y adquirir las competencias con un 10. Puedes ser un buen compañero, incluido con el que piensa así de la homosexualidad y obtener un 0. Un sistema lo permite, un plantel de profesionales lo sella. El sistema enfermo con un plantel de negreros evidencia un nivel de civilización históricamente caduco y exterminador.

La atención a la diversidad es solo para jóvenes con pronunciadas discapacidades, especialmente significativas. Personas cuyas familias y escuelas son conscientes de que no podrán nunca integrarse en ninguna convivencia profesional organizada de la sociedad. Todos relajados, sabemos que no intentarán ni tan siquiera ser enfermeros. No nos destrozarán las venas con ninguna jeringuilla. Entonces, se acepta dicha atención a la diversidad por no comprometer, ideológicamente evaluando, a nada.

Para el resto, entre ese nivel de gravedad y el de alumnado “sin necesidades educativas especiales” su atención resulta más problemática porque no se sitúa dentro de un grado suficientemente severo como para que todos los implicados (alumnado, familia, profesorado, centro educativo y ministerio) la estimen de la misma manera, surgiendo entonces fases polémicas y de conflicto entre las partes. ¿Te imaginas a un oftalmólogo que maneje solo cuatro graduaciones de lentes? Pues es lo que somos los profes, tenemos gafas para cuatro. Personalmente tengo la suerte de ver hasta el momento muy bien. Hubiera destacado bastante más en el aula si todos los de mi clase no portasen gafas. Hubiera pasado por delante de ellos fijo. Esa igualdad de no llevar gafas me hubiera venido de perlas en la competición. La cantidad de profes con gafas de ver y sin las de pensar es alarmante.

Algún cambio se está apreciando. Por fin, se observa a profes orientados hacia otro tipo de ruta pedagógica, a contracorriente pero motivados y fuertes para enfrentarse a la insumisión de la evaluación. Aumenta la creación de grupos de docentes con el objetivo de asociarse para llevar a cabo la batalla individual y colectiva a favor de una enseñanza realmente inclusiva.

¿La atención a la diversidad? Todos en un mismo espacio, todos aprendiendo los unos con y de los otros y los docentes aprendiendo a enseñar gracias a ellos. Por desgracia, este resumen no refleja la realidad. Por tanto, se trata de uno de nuestros retos como colectivo a corto y medio plazo.

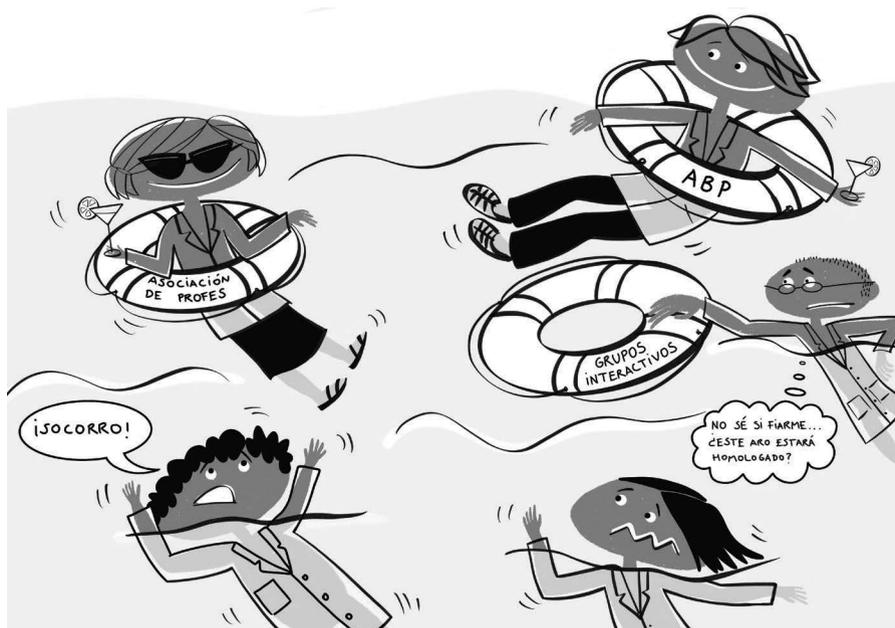
SOLUCIONES BÁSICAS CONTRA LA DESIDIA PROFESIONAL Y LA MEJORA DE LA ENSEÑANZA

No son pocas las teorías desarrolladas tras acciones educativas innovadoras. Hoy día, la mejora de la enseñanza se posiciona frente a una diversidad de horizontes alentadores. “Primero habrá que saber ¿qué se va a hacer?” antes de cambiar o de destruir el sistema. Los conservadores son profesionales en inventar argumentos para defender el *statu quo*. Aquí sí se conoce qué puede reemplazar el antiguo sistema pero aun así no se cambia. Sin pretensiones revolucionarias, se exponen en las siguientes líneas, unas simples medidas a llevar a cabo de forma individual y colectiva. Se identifican tres obstáculos metodológicos de nuestro accionar diario como docentes y se sugiere cinco medidas muy básicas para posicionarse en los carriles para la mejora de las condiciones de trabajo (profesorado) y de estudio (alumnado) con la intención de alinearse con los retos olvidados o tergiversados de la enseñanza pública obligatoria.

PRÁCTICAS DOCENTES OBSOLETAS Y REPRESIVAS

Nuestra labor está repleta de exacciones y en el mejor de los casos de errores.

Resulta desconcertante presenciar la falta de respeto al último nivel de concreción curricular. Solo se cumple con los primeros niveles: la propuesta del Estado y en algún caso la de la región en los países con cierto nivel de descentralización administrativa. La última, la del conjunto del profesorado organizado en un centro escolar, no se aplica. Digamos que esta última es como mucho el bis del nivel anterior. El profesorado copia la concreción de los “jefes” legisladores y la presenta como suya, da igual en qué contexto están impartiendo clase. Que el barrio donde vivas sume un 70% de parados, altos índices



de familias con adicciones o que vivas en una aldea de montaña, no importa, el alumnado debe saber lo mismo. Si el currículo viene marcado por ley, por naturaleza jurídica de cumplimiento obligatorio ¿por qué tenemos entonces cada año, por cada asignatura y nivel, la obligación de proponer uno bajo la denominación de “programación docente”? ¿Tan solo para indicar el nombre del libro de texto elegido?

¿Qué hacer para abandonar la práctica de una pedagogía discordante con las necesidades generacionales de la enseñanza pública obligatoria actual? En estos momentos, existen multitudes de técnicas, estrategias metodológicas que en el peor de los casos dan al final el mismo resultado individual que la tradicional, con la diferencia de incluir en el “éxito” escolar a mucho más alumnado a través de un ambiente menos militarizado, o para los que esta última adjetivación moleste, pasivo. Existen grupos, asociaciones de profesores en todos los países enfocados a la formación del profesorado, de manera presencial o incluso a distancia vía internet, con diferentes técnicas didácticas. No hace falta contar con el apoyo de otro compañero ni de la dirección del Centro para llevarlas a la práctica. De contar con esa ayuda, los beneficios se extenderían al alumnado en general pero puedes aunque estés solo administrar tu dosis a

tus grupos. Un equipo de dirección con ideas claras, situado en el cambio real metodológico, orientado a favorecer el nivel del alumnado y no de unos pocos, modifica por completo la enseñanza. Sin embargo, no se puede esperar que esta situación se haga efectiva y no cambiar nada. Todas las metodologías son buenas si logran que todo el alumnado adquiriera las habilidades que deseamos adquirieran. Sobre todo si se consigue con el de necesidades particulares. No hay una para todos y para siempre. Sin embargo, en todas ellas la coordinación entre docentes resulta ser el motor más potente. En estos últimos años se multiplicaron las propuestas metodológicas con el fin de romper con las costumbres tradicionales y hacer de la educación el lugar común de la convivencia en el saber y saber hacer. Son salvavidas profesionales y psíquicos. Cuando te lancen o veas uno, cógelo. A su vez, devuélvelo al agua para que otra persona lo pueda recoger.

Las soluciones pasan por actuar a diferentes niveles, desde las acciones políticas hasta la libertad individual de cada docente. Nos toca decidir si esperar a que las jerarquías impulsen el cambio o llevarlo a cabo uno mismo, hasta juntarse con otros desencantados de nuestro entorno laboral que mantengan viva esa llama necesaria que hace que te agarres a cada “novedad” pedagógica para lograr alimentar tu motivación. Antes de entrar en precisiones debe quedar claro que el aumento del presupuesto en materia educativa pública se considera clave para dar el salto de calidad y de atención real a la diversidad. En general, una apuesta presupuestaria a la altura de los retos diarios en la educación y la eliminación de costumbres arcaicas no solo mejoraría el sistema escolar sino que reduciría los costes encargados de aliviar las injusticias sociales originadas por la propia sociedad. No obstante, también me fijé en esos profesores que imparten clase en lugares inhóspitos, sin nada de nada, logrando objetivos de aprendizaje increíbles dadas las situaciones de desamparo donde actúan. El dinero, las nuevas tecnologías no son en sí una metodología. Si multiplicas por tres el presupuesto de la educación para multiplicar por tres los deberes, los exámenes y los libros de textos, poca mejora se cosechará. El dinero colabora sobre todo para tener más y mejores profesionales, más y mejores tecnologías a disposición de la enseñanza. Así pues, prefiero, en el contexto capitalista actual, construir un país de profesores que uno de camareros. No porque sea una profesión mejor, sino porque el contexto actual menosprecia una profesión igual de bonita que la de la enseñanza. Si los camareros tuvieran las mismas condiciones de trabajo y de vida conllevaría contar con

mejores profesores y mejores camareros. Quien dice camarero dice cualquier profesión digna, necesaria, menospreciada, ridiculizada e infravalorada por la sociedad capitalista. No está reñido ser especialista en una materia y preferir barrer las calles o llevar un taxi siempre que la educación no haya enseñado al alumnado a menospreciar ciertas profesiones que al final resultan tan imprescindibles y necesarias como las de médico, ingeniero o profesor. Las condiciones laborales injustamente impuestas por las evaluaciones antepasadas corrompen la realidad del funcionamiento de una sociedad. ¡Qué levante la mano la médica, el ingeniero y la profesora que no quiera ver su portal y su calle limpios o renuncie a la existencia de los taxis!

Como se trata de seres vivos en evolución, las soluciones no pueden dar “éxitos” a cada paso, y nada es aplicable al 100% de las personas. Esto no debe repeler para optar por cambiar de estrategia educativa. Es la diferencia entre ser consciente o no de la realidad. Este matiz se revela esencial. El método tradicional, basado prácticamente exclusivamente en la memoria, solo vale para un porcentaje bajo de los aprendices.

Libro de texto

En general, las personas que se dedican a la docencia están frustradas. Los de Lengua soñaron con vivir de la escritura, la poesía o la edición de libros, las de Física y Química estar de becarias en la NASA o en Berkeley, los de Matemáticas ingenieros, también las de Tecnologías además de programadoras de juegos interactivos de una gran multinacional, los de Geografía e Historia historiadores, tertulianos o miembros de National Geographic, los de Filosofía pensadores o intelectuales profesionales, las de Música viviendo de tocar en conciertos de renombre, las de Educación Física como deportistas de alto nivel, los de Biología y Geología trabajar en un grupo de investigadores en un laboratorio o al aire libre, las de Artes Plásticas vivir de su creatividad o como galeristas y los de idiomas además de todo lo anterior, filólogos o traductores en la ONU. Como esos espacios profesionales son tan restringidos y no puedes esperar decenas de años sin comer ni beber hasta lograr cumplir con tu expectativa, te metes en la enseñanza. Sabes qué es un aula por haber estado metido allí veinte años. De ella, saliste airoso a pesar de haber sufrido un sistema de aprendizajes estresante, magistral y discriminatorio. Con tan solo repetir lo que viste, al menos, tendrás un sustento para ti y tu familia. Se te propone seguir



estudiando. Es una suerte pues te hicieron experto en la materia. Apto estás para pasar unas pruebas hacia el Edén personificado: una plaza en propiedad. En muchas ocasiones, la “mala suerte” se te echa encima como una lapa, y no siempre el Edén abre las puertas a tu especialidad o simplemente no te hiciste con el sistema propio de sus pruebas de acceso. Sin embargo, apuestas por tu capacidad tan bien adquirida de estudiar para un examen cuyos contenidos no te interesan. Te enteras de que existen convalidaciones o bloques por áreas que te permiten obtener un puesto en una asignatura de la que no eres especialista. Incluso cumpliendo con todos los diplomas específicos podrás optar a una materia desconocida para ti. Si eres de Historia del Arte allí te ves metido en Geografía e Historia, o si eres de Química a dar Física, si eres de Geología a dar Biología, etc. En un aula, donde en principio, y como veremos solo en principio, podrás usar un porcentaje muy escaso de todo el conocimiento acumulado tras dos décadas de formación, te colocan frente a los discentes, con una palmadita en la espalda. Aquí la novatada puede durar todo el tiempo de tu vida laboral. ¿Cómo no tener miedo de estar a la altura, de fallar? Tenemos miedo a fallar. Es más, fallamos. No es confesable, fallamos mucho. No sopor-

tamos fallar. Nos sienta muy mal. Nadie nos enseñó a ser de 10 y de 0 a la vez. Tampoco nadie nos alertó que cometer errores formaba parte de nuestra profesión.

Realmente, un profe se encuentra en el aula sin saber lo que es, tan solo con sus recuerdos distorsionados de su pasado como estudiante. Con un hándicap bien integrado en su ser: haber sido un “buen alumno”, ganador de esta absurda competición, siendo uno de los elegidos para ser dirigido hacia una profesión loable. El negrero le seleccionó para trabajar para él, lo formó incluso para convertirlo a su vez en negrero. Ignorante de que la práctica totalidad de los demás hubieran podido ser como él si no hubieran sido tan vagos o tan poco “responsables”. Las diferencias entre el alumnado no se examinaron por capacidades innatas y enseñadas sino por las de adaptarse y someterse a esta disciplina escolar. No obstante, todo esto se olvida al otorgarte el título de profesora, de maestro, una profesión respetable, considerada como intelectual.

Así pues, pretendemos que el alumnado, desde los tres años, comparta curiosidad con nosotros. Lo son pero no de las mismas cosas. Al menos los médicos intuyen que el paciente no se interese por la medicina.

Nadie nos enseñó las técnicas para dar clase. Tampoco después de obtener la plaza. No fuimos aprendices de docente. Tras años de supervivencia profesional vas observando o te juntas con otros docentes por iniciativa propia, por amor propio. Los observas y te llama la atención alguno que te servirá de improvisado “maestro”. Un albañil se hace construyendo paredes pero bajo la supervisión y recomendación de otro experimentado. El profe nunca. Así ante la inspección educativa siempre tenemos la excusa: “Nadie me enseñó a enseñar”. Para salvar este despropósito generalizado, te agarras a la guindola que te han lanzado nada más llegar al centro escolar: el libro de texto. Sin embargo, este es uno de los primeros obstáculos más influyentes contra el aprendizaje.

Es cuestión de perspectivas históricas. La escritura y el libro y más aún la masificación de la lectura y de la escritura son habilidades y hábitos de muy reciente creación en nuestra historia como especie. Exageradamente mitificados, no se manifiestan como elementos imprescindibles para nuestra supervivencia y convivencia. Ahora bien, metidos en ese contexto donde se alzó a la lectura y escritura en el pedestal de la cultura y de la intelectualidad como piezas fundamentales para el desarrollo de la personalidad, parece entonces necesario revisar nuestra relación con ellas en base al sistema educativo. “Libro de texto”, dos palabras buenistas juntas de las que tardamos en descubrir su

carácter represivo, coercitivo contra el profesorado y por consiguiente contra el alumnado.

¡Y qué vergüenza! En plena crisis económica, durante esos tremendos golpes antisociales contra las familias, los docentes hemos exigido la compra de esos libros de texto que supusieron un desembolso considerable, angustioso. “Tienen para comprarles el último móvil, la moto, etc.”. Me recordaba a los bulos contra los inmigrantes, contra los parados, contra los pobres... Pues sí, el dinero no está para comprar libros de texto. ¿Quién está al frente del aula? ¿Dentistas o docentes? Ese dinero está para eso, para móviles, consolas, viajes, juegos, botas de fútbol, playeros de marca, y todo el consumismo de esta sociedad. También quizá sirva para tener calefacción, más y mejores alimentos, más información, más y mejores transportes, etc. Cada cual a lo suyo pero no para cortarles las alas de los y las discentes con libros de texto, por muy innovadores que aparenten ser sus diseños. En la era de internet, del compartir toneladas de informaciones, de datos, de fichas, de páginas web especializadas en nuestras materias, en diferentes idiomas, ¿necesitamos aún un libro de texto? Parece que quienes más necesitamos el libro de texto somos los docentes y no el alumnado.

En mi primer día en un instituto como funcionario, me trajo el responsable del departamento todos los libros de texto. Hasta allí, todo era normal. Justo a continuación me dice:

- He aquí los libros del profesor.
- ¿Esto qué es?
- Las respuestas a las preguntas de los ejercicios de los libros de texto.

Miré, ojiplático, a mi alrededor, por si fuera el aviso para el comienzo de una novatada. No, por lo visto, siendo yo “especialista” en la asignatura, con oposición y plaza aprobada, necesitaría de las respuestas a los ejercicios que el alumnado debería contestar sin ese libro delante de ellos. Un adolescente de 12 años o una de 18, a quienes con razón no les importa nada la asignatura, deben responder a preguntas teniendo yo conmigo, después de años y años de estudios, en mi posesión, el solucionario. Allí empecé a construir un escudo contra el sistema, de forma aún inconsciente, pero sintiendo una pequeña sacudida interior. Por amor propio no miré jamás el libro del profesor. No obstante, utilicé durante unos años el libro de texto mientras no estuviera en posición de poder decidir este aspecto, por recién llegado y por respeto a los colegas

más veteranos. Por cierto, ninguna ley menciona al libro de texto y menos su uso. Una vez más se eleva a categoría de costumbre imprescindible una práctica obviada por la ley por completo.

Si las leyes no obligan a su uso ni tan siquiera lo sugieren ¿de dónde viene esa obsesiva y compulsiva manía? Tan solo se me ocurre que proceda de épocas donde el mando de la clase no recayese siempre en especialistas de la enseñanza, de ahí la necesidad del “apoyo” de un material impreso en forma de manual escolar. De este modo, un profano en la materia podía, siguiendo los pasos de las páginas y de la numeración de los ejercicios propuestos “hacer trabajar” al alumnado, y él, chivar las respuestas gracias a su libro del profesor. Antiguamente un “profesor” era más un “maestro”, a cargo de varios aprendizajes y de varios niveles de un mismo grupo, situación no exenta de dificultades al ser experto en algunos de ellos. En ese sentido, en épocas no tan lejanas, de la enseñanza se encargaban los curas y las monjas, con variopintas experiencias, encontrándose por circunstancias fortuitas en un aula con el alumnado. El libro de texto presentándose pues como un dogma más, trasladado a otra de las santas insignias del profesorado, la homogeneización: “esto es lo que hay que saber y punto”. Claro que cada cual lo quiere homogeneizar según su opinión.

Los medio buenistas suelen apuntar, con cierta razón, que el propio alumnado y las propias familias lo reclaman. Unos para repasar en casa, otros para informar a la academia de los contenidos a revisar, algunas familias simplemente para seguir con el control parental en su condición educativa. Bueno, si te acostumbran a comer bollería industrial desde la infancia raro será que no la sigas comiendo de mayor. Si de mayor te la quitan la echarás de menos...al principio. La costumbre construye un poso, no siempre fácil de eliminar por completo. Se trata de construir otro poso. Abandonar los raíles del cambio por los poquitos partidarios ideológicos del libro de texto, para contentarlos sin que exista una obligación legal ni una realidad pedagógica mínimamente pertinente, es tener la piel del cambio muy fina.

Cuando la casualidad me llevó a ser el “jefe” del departamento didáctico, eliminé todos los libros de texto. Estaba solo en el departamento aunque esperando la incorporación de otra profesora en calidad de interina. Hasta entonces, consecuente con el hecho de que si las familias habían comprado los libros de texto era para utilizarlos, hacía todos los ejercicios del libro principal y del cuaderno de ejercicios lo más rápido posible para poder acabarlos antes del tercer

trimestre, y así ser docente al menos durante ese último. Por cierto, prácticamente ya no se emplea esta expresión de “trimestre”, reemplazado por el de primera, segunda y tercera evaluación. ¡Todo es evaluación!

Así pues, eliminé el libro de texto. No obstante, obligué, como profesor de francés, a comprar un diccionario francés-español ya que existen numerosos ejemplares de segunda mano muy baratos. Para mí, es el soporte físico más práctico y aprovechable, además de tener una larga vida útil durante toda la escolaridad. Incluso con el uso del móvil y los múltiples diccionarios propuestos por la red, me parece pertinente tenerlo en papel; ayuda a desarrollar de por sí la autonomía del aprendiz, eso sí, conmigo en el aula. Hasta aquí incluso el “realista” estaría aprobando, con más o menos fuerza, con la cabeza. No obstante, se resiste.

—¿Y si caes de baja? ¡Eh, eh! ¿Cómo podrá saber quien te sustituya en qué lugar de la programación vas y qué hacer?

—El que me va a sustituir ¿es un torero?

—La realidad es que...

—Pues hará como yo. Preguntará a los chavales, él tendrá sus preferencias de actividades, y enseñará.

¡Por “si caes de baja” no podrías ser docente! En la programación se incluyen los contenidos y los mínimos. Por cierto, sin sorpresas, en mates se dan mates, en latín latín, etc. A partir de allí, el sustituto también se sitúa bajo la Constitución, y no tiene menos que yo la libertad de Cátedra. Pues bien, los profesores asignados para completar el departamento resoplaron durante días: “con este sistema echarás para atrás a colegas que desean venir a este instituto”. Todos, tras unas semanas de resoplos y cierta ansiedad provocada por el vértigo de dar clase “sin red”, se alegraron al verse capacitados a enseñar en esas condiciones aunque sea seleccionando fichas, ejercicios y materiales de diferentes libros de texto o de internet. En efecto, ¿dónde está el interés de tener internet y seguir obligando a comprar libros de texto con los que nadie está satisfecho? No es por culpa de los autores, podríamos decir incluso que están muy bien hechos, que son cada vez más matizados, más creativos, más atractivos, con propuestas de actividades que mezclan contenidos y materiales muy variados pero están pensados en general o con la experiencia de los que los idean, alejados de la realidad de los grupos concretos de alumnado de todos nosotros. El libro no siente la clase, tú sí. Ni integrando la tecnología ni siendo el mejor

docente del mundo podrán nunca adaptarse a tanta variedad de grupos. Estos no son tallas. Podremos encontrar guantes diseñados y cosidos lejos de aquí para tu talla. En educación, precisamente no hay estándares, contamos tantos tamaños como alumnado. Esto es fácil de comprobar. Toma “nota” de la altura de todos los alumnos de un mismo nivel y empieza a catalogarlos. Y no, ya lo adelanto, 140 cm no es igual a 141, ni tan siquiera lo es de 140,50. Lo mismo ocurre con la cognición. Esa que deseáramos medir, precisar, evaluar, ley de la naturaleza en mano. Esa ley no existe. Persistir en encontrarla y sobre todo aplicarla mientras se descubre, es participar del mecanismo del genocidio educativo. A veces, se identifican categorías comunes para bastantes alumnos pero para muchos el ritmo de esas categorías no se adapta a ellos. Además, nuestra educación no es individual sino grupal, construyendo grupos heterogéneos y eclécticos, incapacitando a los libros de texto a ajustarse a sus necesidades educativas. Si hay “secretos” en las técnicas educativas podría bien ser este uno de ellos: no usar libro de texto. El vértigo que produce dar clase sin libro de texto es pedagógicamente un millón de veces más potente que el libro de texto.

El manual escolar es como si la clase estuviera preparada. Es ir a clase pedagógicamente vestido correctamente. No se va a improvisar, pero no se ha pensado nada. ¿Qué músico puede improvisar? ¿Qué médico puede improvisar? ¿Los que más saben o los que menos? Si no sabes no puedes improvisar. Por desgracia, el que sabe no se atreve a improvisar y acepta la situación como ley esculpida en piedra. Si somos docentes la improvisación es el mejor de los utensilios para mantener a un grupo dinámico y a nosotros mismos vivos y por consiguiente motivados. Obviamente, incluso estas recensiones no deben tomarse al pie de la letra para todas las horas de clase. Se trata de cambiar el chip y sentirse libre de viejas imposiciones, prácticas de opresión pedagógica, no solo obsoletas, sino ausentes de las leyes. Cuando uno entra en el aula con la clase preparada, entra de por sí coartando el proceso de enseñanza-aprendizaje. Entra con la firme intención de no sentir la clase. Vas a la fábrica, te pones frente a la máquina, empaquetas los pollos. Enseñar “sin emotividad”, una práctica de un pasado educativo gris, donde lo correcto consistía en tapar las emociones. La consigna en la familia era de “no llorar”. Para los realistas si hay emoción no hay entonces enseñanza.

Sí, al igual que se les enseñan a tener libro de texto, se les puede enseñar a no tenerlo. Si lo han usado siempre será difícil pero no imposible que no lo echen de menos. Si no lo han utilizado nunca, nunca lo echarán de menos.

Si se les enseña a no pensar, a no tomar iniciativas en el proceso de enseñanza-aprendizaje, también se les puede enseñar a pensar y a tomar la iniciativa.

No fue un día sino muchos donde los remordimientos, debido fundamentalmente a encontrarme algo solo en el archipiélago del instituto, surgieron a pesar de tener claro que uno escogió los “buenos” raíles. Como todos los días desde hacía muchos años, fui a clase sin saber exactamente qué plantear, y se hizo algo que nunca se me hubiera ocurrido por mis preferencias personales y porque no tengo su edad. Una vez dentro del aula, me alegré de no haber preparado la clase pues alguien en ese grupo propuso una actividad que metía a todos o, al menos, a la mayoría a trabajar. Si hubiera llegado con mi actividad, hubiera reprimido la iniciativa.

Nadie dice que cambiar la dinámica sea fácil, tampoco es difícil. Es como si te acostumbraste a conducir de espaldas, lo haces bien, pero sientes que no es la posición, lo presientes incluso viendo a todos conducir igual. Cuesta tomar la decisión de darse la vuelta. Sin embargo, las sensaciones de la nueva conducción resultan placenteras, cómodas y competencialmente exitosas, por supuesto con sus imperfecciones pero más leves que las de la vieja escuela.

Cuando el profesorado interino, después de esos primeros síntomas de síncope y de dudas sobre la ausencia de libro de texto, vuelve a priorizar ese instituto como destino en vez de otros más cercanos a su residencia, no da la razón al 100% sobre este cambio metodológico, pero al menos sí da a entender la posibilidad de convencer a ciertos “realistas” de considerar una nueva situación de enseñanza. Estos resultados profesionalizan al buenista como tal.

No obstante, el día a día sigue igual en el Centro. Entrás en la sala de profes y los ves preparando los enunciados de los exámenes mirando por los libros, debiendo el alumnado dilucidarlos de memoria. El especialista mira el libro para elaborar el examen, el sujeto pasivo lo debe rellenar. Normal, el profe, licenciado en su materia o en una que de lejos algo se le parezca, consulta sus apuntes, incapaz de usar su memoria para hacer preguntas o idear ejercicios de su propia materia para que una parte del alumnado conteste utilizando exclusivamente la memoria de tardes de “estudio”. ¿Para esto sirve la memoria? La memoria vale para aprenderte canciones, poesías, autores, los nombres de todos los jugadores de fútbol de la Liga, de tus amigos, de todos tus primos segundos, de los diferentes modelos de móviles y sus características, de las calles donde viven tus “amistades” tóxicas, no para recitar contenidos escolares sin comprender. Absolutamente indignante observar a los profes

preparar no solo sus clases sino incluso sus exámenes mirando los libros, mientras que a los alumnos se les obliga a responder sin mirarlos. Al mismo nivel se sitúan las fotocopias ennegrecidas, además de dejar al descubierto una falta de compromiso o al menos una actitud depresiva del proceso de enseñanza-aprendizaje.

El libro de texto, habiendo docentes en el aula, es un contrasentido, una de las taras mayores del sistema de enseñanza actual a todos los niveles formativos. Especialmente en la Formación Profesional clama al cielo. Se manda al alumnado hacia esa vía escolar porque —para simplificar— no saben, no quieren o no pueden estudiar, topándose nada más llegar, una vez más, con los libros de texto. ¿Por qué? Para los profes. Buena parte de ellos dan materias sin ser especialistas, como antiguamente los curas y las monjas, llegando incluso a no saber nada previamente a su salto al aula. Así pues, se desvía al alumnado que supuestamente no quiere o no sabe estudiar a estudiar lo que se supone es un oficio con profesores de otras especialidades que deben seguir un libro de texto para tapar sus deficiencias en conocimientos, a pesar de los grandes esfuerzos dispuestos de forma individual para estar mínimamente a la altura.

En fin, la utilización del libro de texto es el síntoma de una discapacidad pedagógica.

Los deberes

Con este tema, me imagino al profesor de autoescuela diciéndole al aprendiz que por la tarde, sin él, practique, para ir adquiriendo autonomía o consolidar movimientos o incluso porque no tuvo tiempo de explicarle alguna maniobra. ¡No siempre va a conducir con él al lado o con alguien a su costado! ¿No?

Por cierto ¿dónde en la ley se contemplan? Sin mención alguna, se erigen como imprescindibles, incluso como pilares fundamentales del proceso de enseñanza-aprendizaje. ¡Lo que no está en la ley es lo imprescindible! ¿Qué dificultad entraña para gente estudiada como los profes diferenciar “horario escolar” de “horario no escolar”? Sinceramente ¿qué lógica conlleva mandar tareas escolares fuera del horario escolar? Excusas las hay. Entre ellas citemos las más usuales: el tiempo para la materia es insuficiente; es bueno que el alumnado adquiera hábitos de estudio con base a la autonomía. Discrepo. Debemos enseñar y ellos y ellas aprender dentro de los límites del tiempo asignado. El



tiempo no se estira con el horario no lectivo de las tardes, de los fines de semana y de las vacaciones. Si no tienes tiempo para preparar un almuerzo con entrada, dos platos y postre, pues deberás cocinar lo que te da tiempo; selecciona, temporaliza y enseña. En cuanto a la autonomía, como cualquier otra enseñanza se adquiere junto al profe, bajo su supervisión, no alejados los unos de los otros en tiempo y espacio. El alumnado aprende con el profe, no sin él. Y si aprende sin él, entonces lo que sobra es el profe.

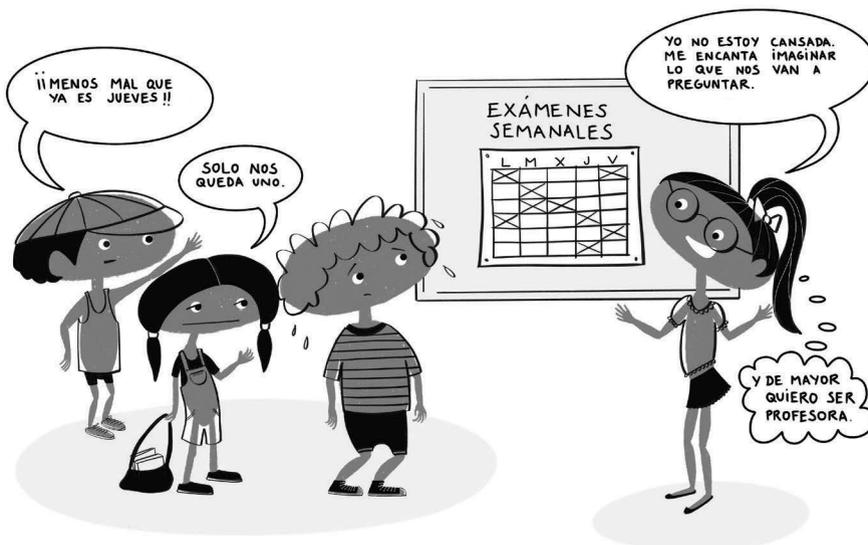
A menudo, los profes nos escudamos en “el sistema” para justificar nuestros métodos. Supuestamente, estamos obligados a desarrollar una serie de actitudes impuestas por las esferas legislativas del país. Al principio de cada año escolar, el “sistema”, es decir, los órganos políticos de la educación, sugiere algunas pautas a tener en cuenta. En estos últimos años escolares recomendó encarecidamente al profesorado no mandar realizar deberes. ¿Qué hicieron los profes? Seguir mandando deberes como siempre, como ellos padecieron cuando eran alumnos y como ellos disponen desde su puesto de docencia. Así, vemos claramente que el sistema no es el único problema de la educación y que los profesores son animales de costumbres y no de pensamientos. Desobedecen muy fácilmente si la víctima es el alumno. Desobedecen menos

cuando la víctima debe ser el gobierno. El tema de los deberes en sí no les interesa más que cualquier otro tema, simplemente se acostumbraron. Si hiciste deberes durante doce años como alumno y llevas otros veinte corrigiéndolos como profesor, cómo admitir haber realizado durante tres décadas una tarea totalmente inútil. Con los profes, fuertes dosis de paciencia y de comprensión.

Por si fuera poco, los deberes favorecen a los hijos de los que pueden atenderles fuera del horario escolar, tanto por disposición propia de tiempo y de conocimientos como por capacidad económica de comprar el servicio de ese tiempo y habilidades académicas. De verdad ¿quién avistó a un alumno con dificultades mejorar su rendimiento haciendo deberes solo? Si como yo no viste a ninguno ¿qué significa seguir mandándolos? Hay tradición y tradición. Esta no se instauró por comprobaciones científicas relacionadas con el ámbito del aprendizaje sino por una dictadura pedagógica de un mundo autoritario deseoso de imponerse a sus jóvenes generaciones “porque sí”.

Hace tiempo que me hubiera gustado imprimir una gran pancarta con la definición de “vacación” para colocarla frente a la puerta de la sala de profesores. Según la Real Academia Española de la Lengua es el “descanso temporal de una actividad habitual, principalmente del trabajo remunerado o de los estudios”. Dado el perfil competencial más propenso, hubiera sido irónico prepararla pensando en la salida de una clase con profes de Lengua Castellana, el último día antes de un periodo no lectivo. Al menos se pide a los profes exhibir un cierto nivel de honestidad: o se respeta la definición, que no tiene ninguna otra interpretación contraria a lo que formula, o que se unan para solicitar, visto el sistemático incumplimiento de esta descripción, su cambio. Por ejemplo, para reflejar la realidad podría quedar así: “descanso temporal de una actividad habitual, principalmente del trabajo remunerado y periodo dispuesto para el alumnado en edad de escolarización con vistas a hacer sus deberes, realizar trabajos y revisar exámenes”. Realmente esto no es un chiste es la realidad impropia de una civilización avanzada. Incluso los capitalistas deberían de ver que si se respetase la definición del diccionario, obtendrían mayores beneficios. Las familias gastarían más, saldrían más de casa... Parece que para cambiar el mundo sin violencia se deba convencer a los capitalistas de que generarían más beneficios. Pero como en todo cambio siempre algunos saldrían perjudicados por no saber adaptarse a las nuevas circunstancias, seguirían estos obstaculizando el cambio.

Los exámenes



Desde hace siglos, los estudiosos de la educación reclaman erradicar los exámenes. Ese llamamiento conlleva en sí el fin de la evaluación. Por lo visto, no nos han convencido, la estela marcada por la tradición confesional convence incluso a los profesores anticlericales y laicos. Es la fuerza de la tradición y de la superstición. Llama la atención el ver a profes ateos aplicando una metodología evaluadora heredera de la confesionalidad. Y lo peor, defendiéndola. La pregunta es nítida: ¿Cuántos exámenes haces por curso? El número respondido corresponde entonces al de las horas, que sí seguro, no diste clase. En algunos casos puede llegar a ser vertiginoso. Pero estás en lo “correcto”. De noche, la mayoría ya no recuerda lo estudiado para el examen. No importa. Obviamente, tampoco es cierto, ya se sabe. Sin embargo ¿qué se hace con los que suspenden? ¿Por qué son profesores los que fueron alumnos aplicados? Fue la habilidad que más trabajaron y supieron adquirir: hacer exámenes, adaptándose a los criterios de cada examinador aunque en algunos casos estos fueran contradictorios entre sí.

El concepto de evaluación continua vino a incordiar a los profes. ¿Cómo van a aprobar con solo aprobar el último examen si no tiene nada que ver con los contenidos de todos los demás suspendidos por no estudiar! Por mucho que se les vuelva a explicar mil veces el tema de las competencias batallan para

buscar los resquicios para seguir evaluando como siempre. No encuentran resquicios, pero son pesadamente luchadores para no perder su estatus de negreros. Con paciencia y ardua lucha, perseveran en el inmovilismo, contando con la complicidad de la jerarquía superior mientras las familias no se den por enteradas de las leyes. Así que ni competencias, ni atención a la diversidad, ni evaluación continua, ante el contexto legislativo sobre competencias, atención a la diversidad y evaluación continua.

¿Exámenes? ¿Cuántos? ¿De qué tipo? El alumnado nos da la respuesta y nosotros hacemos caso omiso. Cuando ponemos un examen que te suspenden, lo corriges, y les dices claramente a ellos y a sus familias que vas a volver a poner exactamente el mismo y te lo siguen suspendiendo, incluso con una nota más baja, te están enseñando que es totalmente inútil. Mejor sigue dando clase que preparando exámenes. ¿De verdad necesitas no solo de un examen sino de decenas para oficializar si saben o no saben? ¿Es para tener una prueba científica, objetiva, de cara a ellos y a las familias de que no saben y por consiguiente acepten el repetir curso? ¿Para eso estudiaste una licenciatura? Bonita profesión, basada en la desconfianza entre los diferentes componentes de la comunidad escolar. Todo esto sabiendo que según cómo plantees el examen y puntúes cada ejercicio la nota será totalmente diferente. También estaríamos de acuerdo en admitir que un examen no se prepara con la misma eficiencia contando en casa con el respaldo de la familia o teniendo que realizar tareas o ayudas en el hogar. Vale, a seguir preparando, tal caballo de carrera espantadizo con anteojeras, exámenes inútiles, simplemente autoritarios, sobre todo los lunes o el día después de las vacaciones. Tu materia es demasiado clave para el desarrollo personal del individuo y de la humanidad.

Cuando se puso encima de la vieja mesa de clase el hecho de planificar mejor el calendario de los exámenes de las diferentes materias, se resolvió entonces que en vez de tener 3 un día y dos al otro, se repartieran durante la semana, por ejemplo, uno cada día. Es la fuerza de los realistas. Así, de una medida que venía a comentar que no se podía seguir con este nivel de exámenes se logró seguir igual. Bueno, con el añadido de que en el primer caso los chavales podían descansar algún día de la semana y en el segundo, el que parece que ha cedido a las exigencias buenistas no lleva días de descanso puesto que todos los días tendrían un examen.

Otra de las obsesiones de los profes es la de la actitud hacia la materia, en general hacia el estudio, que confundimos con el comportamiento. Si el

alumnado no la tiene, enquistamos. Detrás de la “actitud” está realmente la obediencia a la autoridad por la autoridad, es decir, a lo absurdo. El comportamiento se evalúa si de base no eres un buen alumno académico. Si te aplicas muy bien en los exámenes, puedes ser el ogro más peligroso del mundo, pero tendrás tu 10. Tiene su lógica. Si en francés hablas y escribes muy bien francés, todo lo demás no cuenta. ¿Por qué retirar puntos por no haber hecho los deberes si sabe lo que hay que saber? ¿Por nuestro gusto personal sobre la actitud ideal para estudiar? No deberíamos evaluar el comportamiento pero nos encanta hacerlo bajo la denominación de “actitud”. Nos comportamos como troleros. Para eso somos los que asignamos las puntuaciones y realizamos los exámenes. Se aprende haciendo en clase, en los trabajos de clase, no haciendo exámenes. Como mucho se vuelve a poder aprender durante la corrección del examen, en cuyo momento la evaluación se ausenta para evitar por si acaso observar aprendizajes en positivo.

—¿Comprendiste gracias a la corrección? Pues eso, no cuenta para nada.

Literalmente quiere esto decir que la función del examen se ciñe a examinar al esclavo para orientarlo hacia las labores de ese u otro amo y apartarlo de los trabajos más acomodados. El examen como evaluación de contenidos es una de las supercherías del sistema educativo y uno de los primeros síntomas de incompetencia docente. Dicho para los buenistas, el examen no sirve para nada. No se postula como instrumento ni medio útil al proceso de enseñanza-aprendizaje, aún menos en un contexto de educación inclusiva.

No solo eliminando arcaicas costumbres didácticas elitistas se lograría mejorar el sistema, deben ser acompañadas de nuevas medidas eficaces.

ALGUNAS MEDIDAS ORGANIZATIVAS INNOVADORAS Y OTRAS IMPRESCINDIBLES

A continuación, se enumera una pequeña serie de medidas que considero primordiales o fáciles de implementar para cambiar el sistema educativo sin que parezca que tengamos que destruir todos los centros educativos. Insisto, no expongo todas las actuaciones necesarias sino una selección que pueda añadirse a la lista ya larga de peticiones hechas desde diferentes profesionales e investigadores interesados en la cuestión.

Las “Urgencias” en la enseñanza



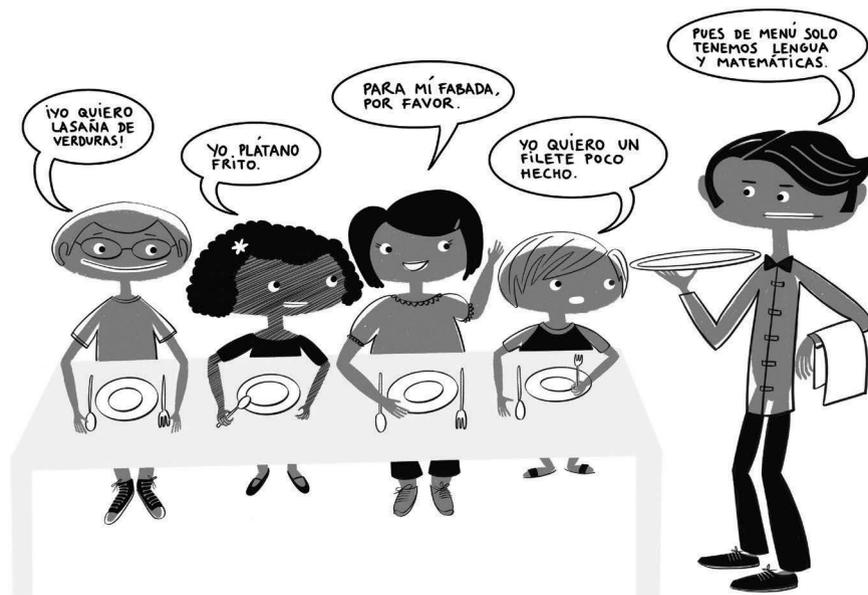
A menudo se compara el mundo de la educación con el de la sanidad, parece que van de la mano, son dos servicios fundamentales para la especie en cuanto a la mejora de la calidad de vida. En esa línea, me llama la atención en la sanidad su servicio de “Urgencias”. Un enfermo, una accidentada necesita una intervención médica de inmediato y para ello se cuenta con ese equipo médico. ¿Por qué no en la Educación? ¿Por qué no disponer de un equipo docente de “Urgencias” para los casos en grave riesgo de “fracaso escolar”? ¿Por qué deben seguir “tratados” por el médico generalista en el ritmo cotidiano como una simple revisión rutinaria? Si bien este equipo debiera estar formado para estos casos, no por ello sea obligatorio que procedan todos de la pedagogía terapéutica. Una vez más es cuestión de formación enfocada hacia un objetivo muy concreto, utilizando los medios para su éxito.

Sin asignaturas obligatorias

La obligatoriedad de las asignaturas es otro de los obstáculos educativos. En cuanto sabes leer, escribir y contar, ninguna asignatura debiera ser obligatoria.

Ver alumnos y alumnas sufrir, literalmente sufrir, una asignatura, principalmente “Matemáticas”, “Lengua” y un idioma extranjero, para que una vez puestos en el mercado de trabajo ese sufrimiento les haya servido a muy poco, resulta absolutamente desolador. Esas dificultades no se superan con la obligatoriedad. Tan solo favorece el negocio de las “academias” de deberes y exámenes, ampliando el sufrimiento a más horas de clase de algo que se prolonga fuera del horario escolar. El nivel de hipocresía y de conducción con el timón dando vueltas sin control me choca. En efecto, las matemáticas son tan cruciales para la sociedad que existen vías entre la enseñanza obligatoria y la universidad que no las integran en el panel de su propuesta de asignaturas. Por ejemplo en bachillerato, en la modalidad de Artes Plásticas y de Letras. ¿Por qué al alumnado de esas vías no se le obliga a tener matemáticas? Claro que las matemáticas son fundamentales y todos debemos formarnos con ellas, el craso error consiste en presentarlas casi como “todo o nada”. ¿Existen muchas matemáticas, no una sola! Algunas vías sin matemáticas, ni como opción, y nos quedamos tan tranquilos. ¿Qué va a ser de estos alumnos y alumnas? Pues lo mismo que del resto, a buscar trabajo y a vivir.

No deja de llamar la atención como las familias, compuestas solo por universitarios, se organizan en un grupo de WhatsApp para dilucidar un



enunciado de matemáticas de dos líneas que la maestra mandó hacer a su aula de tercero de primaria. Esto, no solo todos lo vieron, es decir, que todos evalúan la absurdidad de tal situación sino que una vez más, con la evaluación mágica, no se toma esta conclusión para no proseguir por este camino sino ahondando en su trazado.

Realmente la aparición de las competencias clave, acaparando el foco sobre su valor en la enseñanza como una de sus esencias, nos llevó al auto de fe. La importancia no es la asignatura son las competencias que se desarrollan. Las competencias vinieron a romper la herencia educativa. Sin embargo, con esa herencia, se incluía un impermeable para cada profesional de la enseñanza a prueba de cambios fundamentales. Seguimos dando clases independientemente de lo que dan o hacen los demás colegas, de lo que dicen o no las leyes.

Con todas las asignaturas opcionales cambiaría la propia actitud del profesorado de enseñanza secundaria. Curioso oír de boca del profesorado de asignaturas obligatorias decirle al de optativas que el alumnado y las familias mandan para explicar que tengas o no alumnado en tu asignatura. Se supone que según los intereses formativos o juicios sobre ti del alumnado, este decidiría si tu clase se llena o no. Claro, que el profesorado de las obligatorias no pueden conocer ese interés porque se obliga a todo el alumnado a asistir a sus clases por razones heredadas de sistemas educativos enraizados en siglos pasados.

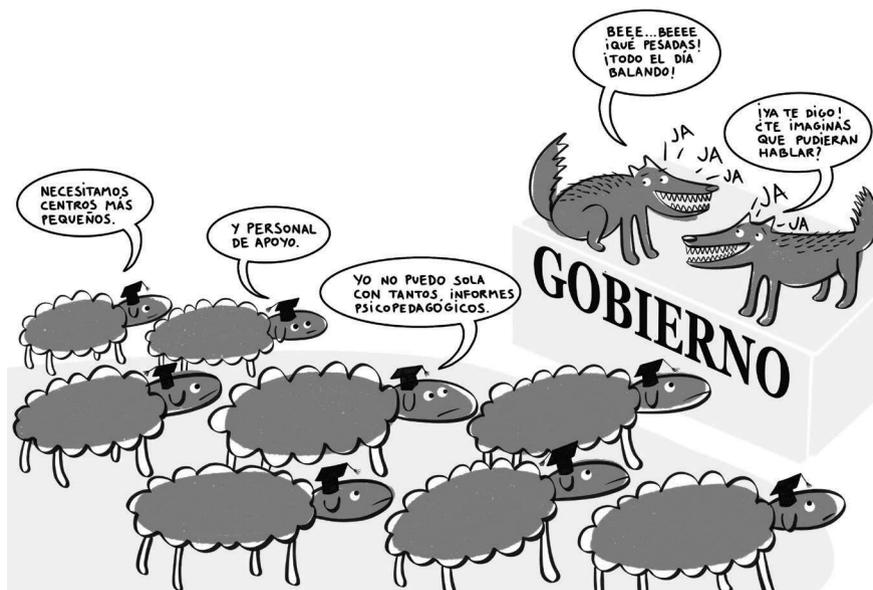
—A los alumnos les gusta comer en el almuerzo zanahorias ralladas.

—¿Qué otro plato hay?

—Solo zanahorias ralladas.

Reorganizar el tamaño de los centros educativos

Parece primordial establecer un número máximo de alumnos por equipo directivo. No sé si 350 ó 400 sería el idóneo pero no se puede seguir como hasta ahora. Las clases tienen un máximo de alumnos ¿por qué no el propio centro educativo? ¿Un equipo directivo de 5 personas puede trabajar igual estando a cargo de 1000 alumnos que de 350? Es una medida básica. No hace falta ni tan siquiera redistribuir espacios de forma sustancial, tan solo repartirse los cursos y los niveles por la cantidad razonable que se establezca por equipo directivo. ¿Quién llega a creer que por pagar un poquito más a una dirección, por pasarse de 800 alumnos, esta pueda cumplir con su deber?



La misma cuestión se plantea sobre los equipos de orientación. De verdad ¿una orientadora es capaz de atender a 850 alumnos? Ni tan siquiera a 400. Es curioso, esta argumentación capitalista de decirnos que hay que formar a los ciudadanos para los trabajos que realmente existen, los de las grandes empresas, los que se necesitan y no se acepta aplicar esa opinión para la gran empresa que es la Educación estatal. Hacen falta orientadores, equipos de orientación. Los tenemos, pero en este caso no se contratan. Estas sencillas medidas, baratas, se descartan para poder financiar no sé qué o no sé quiénes. ¿Convenceremos las ovejas a los lobos que se apropiaron el Estado de que no sigan comiendo carne? El ser humano tiene la calidad de poder cambiarse de animal según su condición de existencia y su estado de ánimo. Puedes ser la oveja de un lobo y el lobo de una oveja.

La anomalía de los Centros concertados y de la asinatura de Religión

La enseñanza confesional impuso este sistema de evaluación. Nunca quiso establecer una enseñanza para todos, siempre fue elitista y las notas servían para eliminar a las personas críticas o rebeldes con el sistema incluso si pertenecían



a su rango social. Manejaba a su antojo las notas, los exámenes, es decir, la selección. Hoy en día los concertados confesionales y laicos se presentan como una grave anomalía en el sistema de enseñanza. A los oligarcas siempre les cuesta mucho adaptarse a la evolución, sobre todo cuando esta implica, por el bien de la sociedad, que desaparezcan. Para resistir, además de los poderes económicos en los que aún participan, envenenan la Razón con juegos de palabras: la libertad de conciencia. Dos palabras maltratadas durante siglos, con las que ahora juegan para seguir resistiendo y no perder los beneficios del negocio económico y moral. Uno de los cambios más justos para el bien de la enseñanza sería el fin de los concertados y la desaparición de la Religión en los centros públicos. Ni por moral, ni por sociedad tiene sentido alguno más allá del simple negocio. No es una cuestión de moral, pues no son pocos los ateos que llevan a sus hijos a colegios concertados religiosos y no son pocos los creyentes que mandan a los suyos a la pública. Estos últimos piensan además que no necesitan a los concertados para inculcar sus creencias a sus hijos puesto que para eso están las entidades y edificios religiosos.

De verdad se piensa, en términos económicos, que negociar con la enseñanza fomenta enseñanza. Para algunos por supuesto, no para todos. Una

asociación que discrimina, deja en la cuneta a personas por no cumplir o por, al final, no ser aceptados en el amaño evaluativo de los estándares de evaluación, incompetente para ofrecer un proceso de enseñanza-aprendizaje para todos, debe actuar exclusivamente en el mundo privado. Tomar esta medida conlleva ¿indemnizar al profesorado de Religión? Pues a negociar la indemnización o a buscar alternativas para que sigan en el sistema educativo público, necesitado de brazos y cabezas. Es un hecho que esa “libertad de conciencia” ha disminuido. Las propias estadísticas de la Iglesia católica muestran un descenso significativo del número de practicantes y de creyentes en los últimos 30 años. Disminuye esa “conciencia” pero sigue manteniéndose —y aumentando— en el sistema educativo a pesar de no corresponderse con la realidad, incrementando el porcentaje del presupuesto del Estado dedicado a la enseñanza para financiarla. La sociedad ya es “laica” pero no su sistema educativo. La laicidad es la organización dentro de la sociedad capitalista más ajustada a una convivencia de calidad entre personas con diferentes credos religiosos e ideológicos. Como por lo visto se sigue sin entender en qué consiste, quizás sea el momento de buscarle un sinónimo ya que se interpreta erróneamente como anticlericalismo intolerante. Da igual explicar demostrando con documentos e historia que se basa en el respeto de todos, en los espacios públicos y en las instituciones representativas y controladas por el gobierno, que se sigue sin entender, presentando un enquistamiento mental por parte de las entidades religiosas y sus representantes políticos, dogmatizando a sus fieles en la sinrazón. Hace mucho tiempo ya que se sabe que su moral es la pela.

Al margen de estas consideraciones, tratadas con extensión en diferentes foros, lo que me interesa especialmente demostrar es que la evaluación es el perfil exacto de este tipo de centros. ¿Qué diferencia con la pública? Son más selectivos sí, pero en general, como sistema, ¿se evalúa de forma diferente a la pública? “El hábito no hace al monje” pero el no hábito no hace al no monje: mismas disposiciones de mesas, mismas pizarras, mismos profesores (sí, es cuestión de supervivencia y de un sistema de oposiciones incapaz de responder a las necesidades de comer de los profesionales), mismas juntas de evaluación, mismos métodos pedagógicos, mismas notas. Incluso algunas Administraciones educativas, supuestamente a favor de reforzar la enseñanza pública, son capaces de proyectar, en charlas a profesores, como ejemplo de buenas prácticas de innovación educativa, vídeos tan solo de centros concertados religiosos. ¿Por qué la enseñanza confesional impuso este sistema negrero?

En consonancia a su esencia de considerar a sus agrupados como el “pueblo elegido”, valorando a todos los demás como herejes, inmerecidos seres humanos. Esa concepción de vida la extrapolaron a sus propios estratos jerárquicos y sociales, utilizando por supuesto una escala selectiva. Y nosotros estamos aún en ese sistema. Evolucionó por supuesto; la revolución industrial creó nuevas necesidades que atendió a través de una enseñanza básica para preparar a sus trabajadores para los diferentes niveles de la mano de obra precisada. En la actualidad no se ha roto todavía con esa esencia, ni tan siquiera los profesores que desarrollan concepciones anarquistas, socialistas o comunistas. La nota objetiva de Dios, de sus representantes en la Tierra, por consiguiente la nota a aceptar del justo evaluador sigue siendo la piedra angular del sistema educativo. Dios, en parte, se laicizó y secularizó. La nota es la parte que preservó de su pasado religioso. Esta sigue cumpliendo su función, eligiendo a sus “buenos”. Antes, los negreros examinaban a los esclavos, ahora los “neonegreros” a los “neoesclavos”, de manera “objetiva” por medio de una evaluación santificante y sanadora. Terminando por sellarla con sus propias firmas, tal gesto sublime de máxima libertad, para oficializar por qué son lo que son. Crear guetos es el único objetivo que mueve y se esconde detrás de la “libertad de conciencia” en educación. La nota es su espada de Damocles.

Profes de la pública se toman incluso la enseñanza como una competición con la concertada, entendida casi en exclusiva a través de la exigencia tradicional y por consiguiente del sistema negrero de selección educativa. Aspiran a ser más negreros que, situándonos en el contexto escolar, los impulsores de la “trata de esclavos”.

Formación profesional para los “ciudadanos elegidos”

Los realistas son expertos en minar la moral de los buenistas, mentalmente frágiles por ver que efectivamente las “innovaciones” no siempre cosechan resultados visibles al instante. En eso, los realistas no dejan pasar la ocasión, incapaces de reconocer que los esfuerzos y las habilidades no se producen ni se adquieren al minuto de la actuación docente. El realista cura un virus estomacal con la primera toma del antibiótico. Si no se cura es que el paciente no vale. La realista gana una competición deportiva con los resultados del entrenamiento: “si no vales para la formación profesional”. Incluso llegan a matizar con empatía: “si no vales para estudiar, para la formación profesional”. Los

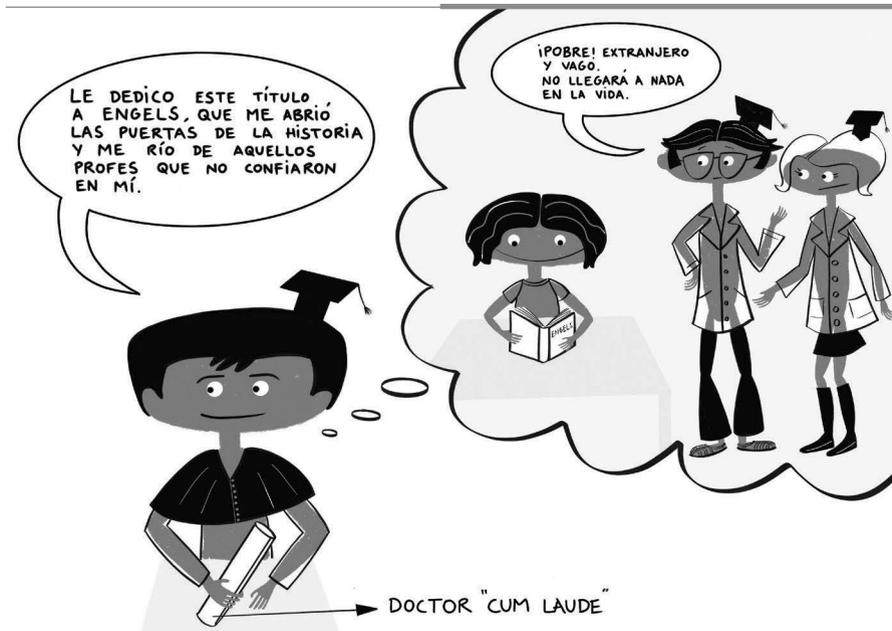


realistas se desviven por el alumnado que se esfuerza, entiende y aguanta tragar todo el saber que se le aconseja engullir. A partir de allí, como no corresponde en absoluto con la situación, empiezan los problemas pedagógicos y la polémica postura de encontrar soluciones para los demás. Una vez detectados los dos buenos, ya se dan por satisfechos. Con el resto, la mayoría, la docencia pierde interés.

En este capítulo se pretende dar soluciones que puedan llevarse a cabo por separado, una tras otra, no obligatoriamente a la vez pues no se pierde de vista el mundo en el que se actúa. Así pues, hay pragmatismos y, para los que abogamos y necesitamos cambios inmediatos de metodología educativa, pragmatismos pragmáticos. Atendiendo a esta última actitud, les contestaría a los realistas al revés: si vales para estudiar, para la formación profesional. Para quienes deseen orientarse hacia la medicina, la ingeniería, la arquitectura y la docencia (con plaza fija) que se les abra una vía específica y de esta forma dejaríamos tranquilos al resto de la humanidad. En efecto, los hijos de médicos, ingenieras, arquitectos y profesoras, salvo excepciones, trabajarán en lo mismo que sus progenitores. Es la magia de los elegidos. Por tanto, esta vía habría que introducirla desde los cero años: la selección, sin quedar bien, al menos honesta

desde el punto de vista de la segregación. Los realistas apoyarían la medida sin pensarlo, los buenistas se dividirían. ¡Qué difícil reconocer nuestra condición de negreros! Sin embargo, la enseñanza pública obligatoria se caracteriza por ser realmente la formación básica profesional encubierta para médicas, ingenieros, arquitectas y profesores, en resumidas cuentas una parte ínfima de la sociedad. Ellos representan en sí los criterios de evaluación, ellos marcan las líneas rojas. Con ese desequilibrio se viene frustrando, estresando, maltratando a la mayoría del alumnado que no solo es que no pueda sino que no quiere ser médicas, ingenieros, arquitectos y profesoras. Con lo fácil que es nacer inteligente, en una familia de simples feriantes, y llegar a ser médico. Igual de fácil como nacer idiota, en una familia de simples médicos, y llegar a ser feriante. ¡Cómo estamos!

PRAGMATISMO BUENISTA: LA TEORÍA DEL 10



Los realistas exhortan a menudo a sus colegas a velar por el alumnado que cumple sin protestar con todas las vertientes inherentes a un buen estudiante, frente al resto que perturba la clase y a los que por sus llamadas de atención usan más personal laboral y más horas de cuidado. Los buenistas también están de acuerdo con eso. No obstante, las soluciones de ambos son distintas. Para los primeros, la solución pasa por una imposición de autoridad con expulsiones que alimentan esas llamadas de atención. Para los segundos se trata de cambiar la metodología para reducir esas llamadas de atención perturbadoras del ambiente escolar y a la vez atender y mejorar las prestaciones de los estudiantes modélicos. Ningún estudiante es responsable ni debe pagar por las circunstancias de los demás, ni los unos ni los otros.

A mí me hace reflexionar el ver a los realistas seguir examinando al alumnado modélico de 10 y 9 "reales", haciéndole perder el tiempo, con el añadido de incrementar el estrés y la ansiedad. ¡No son de 10 y 9! Se ha visto incluso el caso de que a estos alumnos se les castigue, tras doce años de dieces, a tener que

acabar en su última evaluación, antes de presentarse al examen de acceso a la universidad, con un 9 en una asignatura, y finalmente ver que en esa prueba preuniversitaria sacase un 10. Con el siguiente resultado vital, por ese 9, de alejarlo de su localidad para cursar su carrera o por el contrario obligándolo a quedarse en vez de ir fuera como era su deseo. Hasta el último momento, si podemos frustrar frustramos. Dicho de otra manera, se le niega el 10 a los que cumplieron escrupulosamente con doce años de deberes, exámenes y trabajos varios por tres o cuatro fallos, completamente irrisorios desde el punto de vista de su labor estudiantil. ¿Por qué a un alumno de 10 de toda la vida se le sigue haciendo exámenes hasta el último día? ¿Por si pudiera haber alguna falla, algún examen donde pueda despistarse para mantenerlo concentrado? ¿Por qué incluso en lo tradicional hay alumnos de 10 que se merecen esa nota final y otros no?

Según los estereotipos actuales, al igual que los maestros malentienden su impagable rol poniendo deberes para parecerse a los de secundaria, que incomprensiblemente han obtenido una categoría profesional superior a la de ellos, los de secundaria tenemos la misma frustración con la categoría universitaria. Son obsesiones antipedagógicas, de buenos esclavos-negreros: antes de que los amos vengan a seleccionar ya les entregamos los informes de la evaluación para facilitarles la compra y recibir una hipócrita palmadita en la espalda por el trabajo sucio realizado.

Así pues ¿cómo llegué a poner 10 a todas las clases?

Por mi formación, ya estaba predispuesto. Extranjero en París, hijo de portera en barrio de alto standing, no tenía derecho a ser vago. La inercia del sistema me orientó, con profesores laicos, incluso podríamos decir poco partidarios de la autoridad educativa y gubernamental, a un bachillerato “basura”, puesto que no valía ni para formación profesional. Extranjero y vago no era admisible. Autóctono (de clase acomodada) y vago, se aguanta, siempre se lucha para no enviarlo a la formación profesional ni a los bachilleratos “basura”. Calificar esta vía de esta manera no es una provocación, es el título de una canción francesa de un cantante muy famoso al sufrir la excepción: su hijo fue orientado a esa vía. Básicamente era un bachillerato dirigido a una formación profesional superior en alguna de las facetas del comercio. Es decir, se envía a uno de los sectores fundamentales de la economía y política de nuestra sociedad a los problemáticos y vagos. En la Antigüedad esas profesiones no se consideraban como dignas de respeto, ahora, atraen como si fueran el cenit de la civilización.

Durante esos años, no se me ofertó la asignatura de historia que sería luego la materia principal de la carrera en la que lograría “colarme”. Con ello, comprobé la teoría de la motivación como una realidad, un motor de calidad y de esfuerzos. Pasé de no leer ni un solo libro a leer lo que fuera si hablaba de lejos o de cerca de historia. Esta posibilidad no me la hubieran permitido otros países, como España donde trabajo actualmente. Esa oportunidad fue consecuencia directa de la lucha de estudiantes de generaciones anteriores a la mía. Así pues, el camino hacia el 10 lo constituyeron una serie de marcas y de pasos que desgrano a continuación.

LAS MARCAS

Marca 1: primer consejo.

Antes de entrar en un aula por primera vez, durante mi supuesta formación pedagógica, la profe me animó: “no te cortes, si tienes que gritarles, grítales”. En sí es algo que se me da bien. En ese momento no hizo falta en absoluto pero me quedé con la copla y en lo sucesivo lo comprobé. Efectivamente tenía la capacidad de amedrentar a todo un grupo de chavales fuera o no numeroso, después obviamente de haberse producido una situación de indisciplina grave para impedir el desarrollo de la “clase”. Pero ¿qué necesidad tenía yo de acorquinar a menores? Algo me decía que esto no era docencia. Asimismo, con el tiempo abandoné los gritos como instrumento de autoridad. En eso tiene mucho que ver mi viaje hacia el 10. La nota era la perturbadora de la clase. Se piensa que mantiene el orden pero en realidad lo que mantiene es la falta de enseñanza, es decir, la metodología tradicional. Una hora sin nota y ya el profe es incapaz de enseñar. Lo achaca a la falta de presión inducida al alumnado como elemento revitalizante del aprendizaje. En efecto, a partir del día siguiente a la última reunión de la junta de evaluación de un curso escolar, el alumnado “más listo” ya no aparece por el Centro a pesar de seguir siendo días lectivos. Así pues, sí, solo cuenta la nota.

Marca 2: el valor de las pruebas.

¿No todas las pruebas merecen el mismo reconocimiento? Constaté que alumnos solventaban correctamente un ejercicio en clase y luego lo fallaban en el examen. Resultado: suspendían. Lo contrario, fallar en el diario y lograr el ob-

Marca 5: la memoria de pez.

Sin llegar al “1, 2, 3” de la memoria del pez en sí, la retención de lo aprendido sigue resultando nula. El método tradicional estatuye la adquisición con un examen aprobado entre un 5 y un 10. No le importa si días, semanas, meses, años o tan solo horas después de aprobar incluso con un 10 el examen “justo”, el discente ya no sepa. Pero esa prueba, como se entiende objetiva, porque se le obligó a memorizar o incluso a razonar en casa o en academias, se admite como autoridad de certificación del conocimiento. El alumnado que en clase demostró sus destrezas en los diferentes ejercicios no obtiene la misma consideración: el primero es apto, el segundo no. Es tan importante diferenciar los de 5 de los de 10 que salvo el año anterior a los estudios universitarios son enviadas en la misma clase con los mismos profesores.

Marca 6: la evaluación continua.

Los avances de la propia ley educativa me hicieron reflexionar. Entre las consideraciones llamativas copan un lugar destacable los conceptos de “evaluación continua” y “competencias clave”, es decir de la adquisición de habilidades independientemente de la asignatura en la que más y mejor se adquieren y en un tiempo menos estricto que por semanas y trimestres delimitados. La evaluación continua parecía integrar las conclusiones de diferentes estudios sobre el proceso real de adquisición de las distintas habilidades. Los profes no quisieron entender que la “novedad” implicaba forzosamente un cambio de metodología. Tampoco nadie se lo explicó. Lo mismo pasó con los primeros miles de ordenadores enviados a los centros sin previa formación, acabando la inmensa mayoría tirados a la basura estando nuevos.

Marca 7: los lagrimones de los del 10 tradicional.

Ver a alumnos de 10 suspender por primera vez un examen, el tuyo, con lagrimones de amor propio autoflagelantes te hace revisar el método. Llorar no es malo pero hacerlo por culpa de una didáctica poco adaptada a la realidad del proceso de enseñanza-aprendizaje, colapsa el sentido de común. Para los realistas, la valoración es totalmente contraria, es el síntoma de que va a aprender de verdad, está consolidando el aprendizaje de la vida; los preparamos para la guerra social, deben mínimamente sufrir para lograr sobrevivir a esa jungla tan bien reglada.

Marca 8: la relación del 0 y del saber.

Qué menos que te provoque interrogantes el ver a alumnos de 0 contestar perfectamente a preguntas orales en un momento no considerado como de examen, donde los alumnos de 10 no saben contestar. Esto no solo existe, es muy habitual. ¿Por qué esa respuesta correcta no vale como “examen”? ¿Por qué el valor del saber no es el mismo según el día, la hora y la forma? Como tutor me surgió tener que rellenar un informe sobre competencias adquiridas para un alumno que mostraba interés, y sobre todo el sistema deseaba, “orientar” hacia la formación básica profesional. Me encontré contestando positivamente a todas ellas. Lo bueno de lo absurdo es que da para pensar. ¿Cómo podía yo considerar, según las preguntas elaboradas en ese informe directamente originadas por las autoridades competentes en la materia, que un alumno de 0 en todas las asignaturas cumplía con todas las competencias? Escribía bien, leía bien, calculaba muy bien, reflexionaba muy bien, era crítico, en lo social actuaba con ayuda y empatía, manejaba los medios tecnológicos mejor que nosotros, etc. No valía. No tenía unos padres obsesionados con el éxito escolar, eso es todo, ese fue su gran “defecto”. Si ya no profesaba demasiado respeto por la evaluación, este caso sentenció mi convencimiento al respecto.

Marca 9: el 0 de los mejores al sistema educativo.

Tampoco me dejó indiferente escuchar de boca del alumnado de matrícula de honor, es decir, el que cumplió con todas las facetas del sistema educativo desde el inicio hasta el final de su proceso educativo, los “buenos” de verdad, que no aprendió nada y que el sistema educativo, abrumador de exámenes, es de muy poca calidad. “Nadie” se paró a pensar el ¿por qué el alumnado de 10 le pone un 0 al sistema educativo?

Marca 10: sentir la clase.

Una clase es como la naturaleza, está en movimiento aunque no se aprecie con los ojos que se mueva. Escucharla, tomar el tiempo de escucharla, sirve para que ella te de las pistas necesarias para dar clase. Si además le das confianza, comprueba que no estás allí para seleccionarlos, para eliminarlos, no solo te adaptas a su ritmo, a su movimiento sino que incluso ellos se adaptarán incluso a ti cuando por ejemplo no sepas organizar una clase de su época y generación cayendo en una clase próxima al tipo tradicional. A lo largo de todo el

curso, numerosas ocasiones se presentan para ponerles un 10 a todos pero no las percibimos, no las identificamos.



Paso 1: ni libro de texto, ni deberes, ni “exámenes”.

La liberación, el paso de negrero a docente, pasa por eliminar de nuestra labor cotidiana el libro de texto, los deberes y los “exámenes”. El alumnado y yo, en el aula, solos. Aprenden, estudian, revisan, trabajan conmigo al lado en algún espacio del instituto. Las horas fuera del horario escolar no pertenecen a mi ámbito de actuación, esto no es enseñanza presencial y a la vez a distancia. Es solo presencial.

Paso 2: ningún suspenso.

Con tantas marcas, ya no podía suspender a nadie, incluso a los hijos de los privilegiados. No son culpables de haber nacido en ese tipo de familia. Si se encuentran en la enseñanza pública obligatoria significa que se integran en el “todo”, delimitación propia de esta red educativa. Así pues, pasé a poner como

peor nota, la de aprobado, hicieran o no. ¿Por qué deben pagar ellos la falta de recursos de los centros y la incompetencia del profesorado? ¿Qué fácil que paguen ellos? ¿No?

Además, hablaba con el alumnado sobre su nota. El concepto de autoevaluación era un nuevo elemento que venía precisamente a ayudar a romper con la estrechez de la evaluación intelectualmente más paupérrima. Cuando los alumnos se evalúan entre sí, la teoría de la evaluación como exterminación sale reforzada. Gracias a ella, se logra comprobar su predisposición y su saber hacer para convertirse en exterminadores. Son capaces de establecer los mismos criterios de evaluación y de calificación y aplicarlos como nosotros. A esto le llamamos ser honesto. Así pues, los alumnos exponían sus notas, sus razones. En general, como mucho, llegaban a matizar algo mi propia evaluación. En gran medida, siguiendo las pautas de la tradición, su autoevaluación “acertaba” de ahí que hasta en eso tenían un 10. ¿Qué nota se les pone a los alumnos que atinan su nota? ¿La ley no contempla esa capacidad? Vaya, pues sí, se incluye como uno de los hitos de la evaluación. Sin embargo, no nos vale puntuar esto, preferimos calificar y actuar con recomendaciones heredadas de profe a profe, ausentes de la ley como por ejemplo si trajeron el libro de texto o hicieron los deberes.

Paso 3: del 0 al cinco.

Ya había experimentado poner un 5 a uno que rehusó realizar los exámenes escritos. Observar su cara suplicándome que le suspendiera porque no se lo merecía, porque era injusto en comparación con el esfuerzo y los conocimientos avanzados del resto de la clase, me reafirmó en la pista del 10. Le había puesto un cinco, porque era el único en contestar a mis indicaciones orales, porque obviamente las entendía. El único en responder a preguntas orales de cierta dificultad. Esa anodina prueba detectó la incomprensión del 10 y la comprensión del 0. Tan solo me quedaba por ensayar el puntuarle con el 10.

Paso 4: observar el día a día.

Para no suspender a los alumnos me apliqué en observar las mejoras en los ejercicios diarios donde suelen estar más relajados, donde hay más ocasiones de ver el progreso y de provocarlo. Sea cual fuera el ejercicio, más sencillo o más complejo, si estaba sin una sola falta, le ponía un 10 al margen. Al ver la reacción tan positiva en el alumnado, seguí haciéndolo. Con una sola falta no

le ponía el 10 pero tampoco otra nota, debían ponerla ellos. Así me pasé a solo poner dieces. Podían volver a hacer el ejercicio todas las veces necesarias hasta lograr la perfección. De esta manera el 10 anulaba todas las otras notas anteriores. Unos a la primera, otros a la segunda, algunas a la cuarta, ayudados por los primeros. ¿No es lo mismo? ¿Es lo que no hay que hacer? ¿La ley impone o recomienda puntuar más por aprender a la primera que a la cuarta? El acuerdo sobre esta cuestión suele depender de si tu hijo “es” de la primera o de la cuarta. Si su tendencia se orienta más bien hacia la cuarta, estarás de acuerdo con este planteamiento. Te costaría mucho más si el tuyo tiende a la primera. Ser capaz de comprender que la enseñanza es saber y saber hacer y no determinar, como es actualmente el caso, de una forma demasiado restrictiva en el tiempo su adquisición, favorece a todos ellos y al propio proceso de enseñanza-aprendizaje. Hay de todo en botica. Igualmente presencié la enorme satisfacción de un alumno “de primera” al comprobar que su amigo “de cuarta” conseguía saber y saber hacer como él, los dos cosechando el 10, el uno por costumbre el otro como novedad. Una sensación que ambos no habían experimentado aún.

Al margen incluso de la ley ¿el docente qué anhela? De verdad le importa a alguien más el día y la hora del saber y saber hacer que los propios saberes y saber hacer? Solo les importa a los docentes cegados por su reminiscencia.

Paso 5: aprendizaje por proyectos.

Al ser profesor de idiomas, lo “normal” sería organizar intercambios de alumnos. Desde el principio, me sentí muy a gusto con los profesores que los organizaban. El intercambio se basaba en un proyecto con una temática y unos contenidos vertebradores de toda la acción didáctica. Al engancharme como nuevo en el instituto a este tipo de actividad descubrí y a la vez recordé mi época de alumno. Los momentos más interesantes, en los que mejor aprendí fueron a través de proyectos. Recuerdo como un profesor se sorprendió de lo bien que había hecho un trabajo sobre la Unión Europea; la excelencia no pegaba con mi perfil. Mi madre me había llevado a la biblioteca del Centro Pompidou y allí, sobre la moqueta, disfruté investigando y eso se reflejó en la nota. Por supuesto, nada es generalizable para todos. El del 10 a lo tradicional seguirá con esa misma nota incluso ante otra metodología gracias a su capacidad de sumisión a las reglas; sin embargo, a los otros les abren las puertas del aprendizaje acelerado y pertinente a través de metodologías inclusivas.

Tras esos años de intercambios, apareció la opción de hacer lo mismo pero bajo el paraguas subvencionado de la Unión Europea, por medio de proyectos Comenius, ahora denominados Erasmus+, y de plataformas de trabajo colectivo como eTwinning. En estos tipos de proyectos caben todos los alumnos y todos los currículos. Eso sí, los realistas intentaron y siguen intentando acotar la participación en este tipo de proyecto de los “mejores”, tal recompensa para la élite de los aspirantes a negreros. Redactan las propuestas para obtener las subvenciones insistiendo sobre la necesidad urgente de atención a la diversidad de sus alumnos con mayores dificultades o procedentes de familias desfavorecidas para realmente luego hacer participar en el proyecto solo a los que no necesitan apoyos educativos ni ayudas económicas. De nuevo, los realistas trampean con la evaluación, aquí con la solicitud de ayuda. Siendo ellos mismos, por naturaleza profesional, evaluadores, pretenden emplear la verba innovadora para engañar a sus colegas, que valorarán la solicitud, en beneficio de una enseñanza tradicional. Te sirves del gitano para que pueda viajar el payo que podría hacerlo sin ninguna ayuda.

Empero, no se trata de enseñanza por un lado y de un extra, el proyecto, por el otro. La propuesta temática se convierte en el instrumento para llevar a cabo el propio currículo. Como toda metodología, salvo en la tradicional, no siempre se aplica en la debida medida. La falta de formación es clave y hemos tenido que aprender sobre la marcha. Trabajando por proyectos, el concepto de competencia clave se visualiza en toda su dimensión. Por consiguiente la nota sobra: sabes o no, sabes hacer o no. Todo el mundo es consciente de los puntos fuertes y de mejora pese a no expresarlos en público.

Con este tipo de metodología, la pereza en el alumnado se diluye. Le vemos, por fin, como nos gusta ver a todos los alumnos: haciendo, es decir aprendiendo, rompiendo la dinámica de la desidia y del abandono escolar. ¿La panacea? No, pero casi.

Paso 6: una actividad de 10 da dieces.

En muchos casos quien da el 10 es la actividad programada o la improvisada. Cuántos más profesores, modestos, prudentes, atentos, valientes, respetuosos, de buen humor, que solo “den” puntadas sin hilo, es decir docentes, estén implicados, mejor. Juntos o por separado pero mínimamente coordinados, siguiendo una metodología en boga o retales de varias, provocan el salto a la palestra de los dieces en el aula.

Paso 7: del 0 al 10.

Sinceramente, que elijan mi asignatura o no, no me resulta en absoluto problemático. Puede ser tan aburrida como la de los demás si no quieres cursarla. Sin embargo, me aterra la idea de que un alumno no la coja porque piense que la nota de suspenso tradicional es la justa con él. ¿No habría otro tipo de observación, al menos igual de viable, como la tradicional? “Suspendes, te aconsejo que no cojas mi asignatura el próximo año”. Es como esa manía heredada de la educación castrense de sacar a un alumno de clase para soltarle un sermón, allí a escondidas, allí señalándole, perdiéndolo para el proceso de enseñanza-aprendizaje.

Por el contrario, tampoco deseo que un 10 esté en mi clase por obligación o para tener un 10. En ese sentido, la “suerte” me acompañó: alumnos de 10 no cogían mi asignatura sabiendo que iban a tener un 10. Sobre todo porque no deseaban compartir esa nota con los que juzgaban que no se la merecían. La justificación por su parte es más sibilina, argumentando que no se hacía nada y no se aprendía nada en clase. No pueden aceptar que los demás aprendan también. En sí transmitiría la sensación de no aprender nada. Y la sensación, la apariencias, son rasgos fundamentales de la metodología tradicional. Además, estos deben aprender mucho y más para el bien de la humanidad y de las profesiones honorables. Entonces probé un truco. Para convencer y tranquilizar a los de 10 de que los demás tengan dieces, planeé un examen donde seguro iban a suspender. ¡Para eso soy yo el profe! Cuando te pidan hacer la recuperación se la niegas, aduciendo a la disposición legal de la evaluación continua inscrita en tu programación docente. Luego, le pones un 10 en el boletín de notas del trimestre y entonces los tenemos comprados —no ganados— a la teoría del 10. Se sentirán un instante humanos en el grupo.

En cuanto a los que eligen la asignatura para asegurarse un 10, tan solo se aseguran hacer para saber y saber hacer aunque no lo noten.

Empecé poco a poco, aumentando el número de dieces, a pesar de integrar la autoevaluación del alumnado, embebida de las manías persecutorias del método tradicional, a la búsqueda del defecto necesario para no poner el 10. De este modo, en los dos primeros trimestres no generalizaba el diez, dejándolo para la nota final del año. Me di cuenta de que todavía no había roto del todo con la tradición de la vieja escuela. Si considero la teoría del 10 como justa para sobrevivir como docente y paliar las injusticias intrínsecas del sistema ¿por qué solo valdría para el final? Por tanto, el 10 empieza en el primer trimestre.

Paso 8: la “madurez”.

No se trata de la madurez evolutiva, aunque quizá tenga algo que ver, sino de la madurez escolar, estudiantil y la madurez sobre una verdadera adquisición de las competencias clave. Durante los cuatro años de la enseñanza obligatoria de secundaria, tuve una alumna que no aprobó ninguno de los exámenes “tradicionales”. Pero como se esforzaba y suspendía entre el 3 y el 4, al final del año, o incluso —pido perdón— tras el calvario de la evaluación extraordinaria de septiembre, la aprobaba. Cada año pensaba que abandonaría la asignatura. Eso sí, nunca le sugerí a ningún alumno que no escogiera mi asignatura —tampoco que la eligiera— por sus supuestamente malos resultados. Sería como dimitir de mis funciones. Ojo, no digo que sea generalizable, pero casi. Al llegar al bachillerato, la veo de nuevo en la lista. Allí aprendí, durante ese año, que los conocimientos y las habilidades se cuecen, unos a fuego rápido y otros a fuego lento, pero cuecen y saben igual o mejor. Desde el punto de vista tradicional sobre contenidos, esta alumna literalmente explotó. Aprobó todo con nota alta, los escritos y los orales.

En este paso ya me faltaba poco para generalizar el 10. La tradición la habría desahuciado de mi asignatura, incluso del propio bachillerato. ¡Qué poca confianza tenemos no solo en el alumnado sino en nosotros mismos como docentes!

Paso 9: la confianza en hechos.

Hace ya mucho tiempo que se desveló el misterio del valor de la motivación para el aprendizaje. A diario hacemos caso omiso, da igual que hayan pasado diez, veinte años, treinta o cuarenta. Sin embargo, la confianza no ha sido analizada con tanta minuciosidad. Expresar confianza al alumnado no es dar confianza. Palabras bonitas no son hechos, aunque puedan ser un bálsamo. El hecho es el 10. No es una confianza al aire, es una confianza de hecho. Sin estrés artificial, tan solo está el objetivo de aprender y devolver la confianza depositada. Los pocos con un 0 en lo tradicional que se vieron con un 10, se animaron y emprendieron el camino del aprendizaje. Con otro 0, hubieran seguido sin progresar. El 10 mata al 0 y resucita el aprendizaje. Asimismo, conocedores de que tendrán un 10, se establece un lazo más estrecho, más real, más provechoso para su proceso de aprendizaje, saben que seré paciente con ellos y sobre todo con todos. El estrés y la angustia definen al método tradicional, el amor propio y la paciencia científica la de las demás metodologías.

Conciencia y confianza en la labor docente, entre profesorado y alumnado, forman dos de los puntales de la teoría del 10 con vistas a interferir hacia una mejora del proceso de enseñanza-aprendizaje.

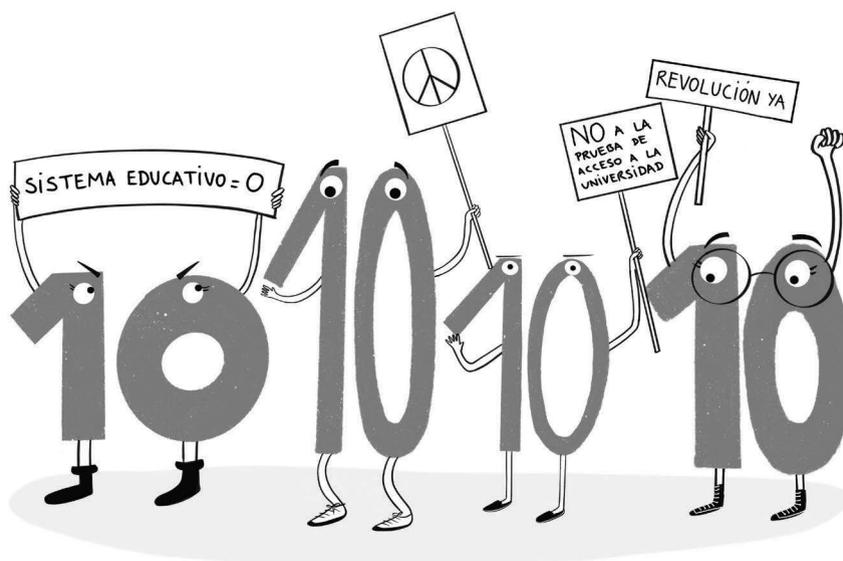
Paso 10: el porcentaje por incompetencia.

Aplico mi porcentaje de incompetencia. En efecto ¿por qué debe el alumnado pagar por el abandono de las obligaciones del Estado para con él y de la incompetencia del profesor? El abandono escolar no es del alumnado, es del Estado, que usa a los profes como verdugos enmascarados de justicieros para desarrollar su opresión pedagógica. Si por ejemplo, el alumno tiene un 9,25, le aplico mi porcentaje de incompetencia resultando un aumento de 0,75. Si tiene un 5, el porcentaje te lleva a otro 5. Y sí, si tiene 0 se le aplica mi incompetencia hasta completar el 10. Como mucho los realistas aceptarían el primer caso, los buenistas hasta el segundo, pero el tercero es bastante problemático. Es falta de costumbre y de conciencia, pues si la incompetencia vale para 0,75 también vale para el 10. Es miedo a la libertad amordazada por el mito del 10.

Asimismo, sumo los puntos de incompetencia de mis colegas. El equilibrio está en la compensación. Imposible pues no merecer el 10.

SIGNIFICADO DEL 10

¿Qué significa tener un 10? En Mate ¿que eres, un matemático? En Física ¿que eres, una física? En Artes Plásticas ¿que eres, Leonardo Da Vinci? En Inglés ¿bilingüe? En Latín y Griego ¿filóloga? En Informática ¿que eres Serguéi Brin o Larry Page? En Educación Física ¿que eres, un deportista profesional? Un 10 es: el alumno progresa en su formación, adquiriendo las competencias, y lo hace junto a los demás. Los mejores situados para visualizarlo son los profesores de Educación Física. Por mucho que el currículo, supuestamente exija al alumnado correr x distancia a x ritmo, si este presenta un hándicap permanente o provisional, el profe sabe que no lo logrará. ¿Lo eliminamos del proceso de enseñanza-aprendizaje? ¿Lo señalamos por respeto a todos los demás que están en las medidas estándares suspendiéndolo o poniendo una nota inferior? La ley es la ley ¿no? No hemos leído la misma. ¿Por qué ese alumno no tendría un 10 por haber simplemente mejorado su marca del año pasado aunque esta se sitúe por debajo del mínimo exigible establecido para los es-



tándares físicos de su edad? Los realistas y los medio buenistas aprueban con la cabeza suspenderlo año tras año, aunque al final le “regalen” en algunos casos el aprobado. Con este ejemplo hasta podríamos convencer a algún realista y por supuesto a casi todos los medio buenistas de la absurdidad del método tradicional y sobre todo de la flojera balsámica de este tipo de rituales académicos que estigmatiza a este alumno, alejándose por completo de la vía inclusiva. Sin embargo, somos incapaces de ver el correspondiente ejemplo para el resto de las materias, sobre todo en las que ofrecen un componente intelectual predominante. Por desgracia, son las que más le importan al sistema y a los profes.

Y si hay “4 altos”, “5 altos” ¿por qué no puede haber un “10 alto”? ¿Quizá sea nuestra forma de entender que había cuatros y cincos diferentes? El 10 insufla el amor propio sano para comprender por qué debemos formarnos, no para una nota de todas a todas injustificable.

No obstante, los realistas se aferran: “eso lo puedes hacer porque tu asignatura es opcional”. No, por supuesto. No es un problema de asignatura y de su valor en el sistema educativo, es una cuestión de metodología que se aplica tras analizar mínimamente el estado actual de la sociedad y de los procesos “naturales” de enseñanza y aprendizaje, pensando en el presente y futuro laboral de las jóvenes generaciones. El mundo actual es el resultado de una

educación exclusivamente en manos de realistas, no de buenistas. Por mucho que “haya bajado el nivel”, el sistema sigue funcionando, incumpliendo la ley, con los métodos de los realistas. No estamos precisamente para tirar voladores o estar orgullosos de nuestro mundo. ¿Debemos mantener ese modelo? Mantener es seguir cumpliendo con las mismas costumbres de segregación.

Para tranquilidad de los realistas los que suspendían para llamar la atención, asumido su rol de “suspenso” con galones, ya no elegían la asignatura al año siguiente por esa misma razón. Ya no llaman la atención, sabiendo que iban a seguir cosechando el 10 abandonan la asignatura. Realidad de la que si se desea se puede entresacar conclusiones o no. La mía determina que la teoría del 10 remueve el tablero de juego, los roles, las perspectivas, la honestidad y la confianza. Funciona para la mejora del proceso de enseñanza-aprendizaje de todo el alumnado. Reduce incluso los problemas de convivencia sin abandonar la paciencia y la exigencia para su progresión, como “cultura del esfuerzo”, concepto tan amado por los negreros.

Lo único que echo de menos de la evaluación tradicional es la imposibilidad de consolar al alumnado suspenso diciéndole: “no te preocupes, serás concejal, ministro o presidente del gobierno”.

Sean científicos y pruébenla, sin miedo. Y sin respeto, o al menos, con el mismo respeto que los treces o sietes. El 10 no es un regalo, al menos, no más que cualquier otra nota. Tiene sus razones pedagógicas. ¿Por qué nos resistimos a entenderlo? El problema viene de lejos y encierra dos explicaciones. La primera se basa en una serie de profesores, tan vagos y tan incompetentes para la labor docente, y cobardes, que ponían dieces y nueves para no recibir quejas, para que no les molestasen mientras leían los periódicos (mala praxis casi extinguida) en clase. La segunda es casi por lo contrario, profesores a los que les gusta dar clase pero que por la opcionalidad de su materia opinan que regalando tan buenas notas garantizan seguir teniendo alumnado, pesando incluso el temor de un traslado de centro y de ciudad o de perder un profesor en plantilla del departamento en caso de no sumar alumnado suficiente como para mantener su puesto. Confirmando y deseo transmitir tranquilidad a los realistas: obteniendo dieces algunos abandonan la asignatura. De pronto, ya no resulta tanto ese efecto de “comprar” con notas tu puesto. Esa actitud siempre me pareció desdeñable. Nada que ver con el camino aquí descrito hacia el 10, pero la memoria y la herencia del quehacer educativo quizás impidan aceptar esta postura, cuanto más implementarla para sí mismo ante las miradas inquisitoriales

de los “justos”. A mí me abrió el mundo como docente, sin poso alguno de negrero, solo pretendiendo que aprendan, lo más posible pero todos, tantos los “buenos” de la vieja escuela como los abandonados por ella. La atención a los unos o a los otros se establece sin perjudicar a los unos o a los otros. El que sabes que puede dar más si no estuviera con los que no pueden, siempre podrá progresar. Para eso están los estudios y metodologías que ayudan tanto a unos como a otros. Por si fuera poco, el 10 aparece, para el alumno y el docente, como ese oxígeno que viene a compensar un momento (muy largo) de falta de aire. Todo vuelve a su sitio, la normalidad se instala, por fin se aprende por competencias.

En todo caso, es importante que en algún momento exista un intercambio de impresiones con profesores que no te creen, o piensan cualquier teoría sobre tus dieces sin que hayan llegado a plantearse ni tan siquiera el camino realmente recorrido. No se plantean no creer los doses. Por lo visto, de por sí son creíbles. Les duele ver dieces, y si lo tienen todos se mosquean mucho. Los realistas aducen excusas para poner un 10 a una persona que sabe y se esfuerza. Empero, con la mayor tranquilidad del mundo le ponen un 0 a un alumno que no se presentó al examen.

Atrapados estamos en el tiempo, siendo hoy el 10 un mito, nuestra vaca sagrada, la excelencia impoluta solo al alcance de los dioses y no de la diversidad de los talentos atesorados por el alumnado. Ese intercambio de impresiones con tus colegas te otorga el sello oficial como docente. Si además es en forma de discusión, la tinta se convierte entonces en indeleble. Aunque estés en minoría, el respeto está ganado, eres para ellos una categoría, que no comparten, pero saben que ese camino existe.

En la práctica, me encontré en las juntas de evaluación del último nivel académico antes del paso a los estudios universitarios, a los profesores, tal subasta negrera, subiendo y bajando notas para lograr aprobados o repartir las matrículas de honor. Al poner dieces ya no puedes subir más la nota y además ayudas a reducir los debates estériles gracias al incremento de la nota media. Si además fueras profesor de dos asignaturas para un mismo grupo, el nivel de agobio por parte de los realistas y de los medio buenistas haría desbordar su paciencia y comprensión. ¡Dos dieces! Una cifra de dieces insoportables para ti si ese alumno suspende con especial empeño tu materia.

Todo lo dicho hasta ahora se cantona principalmente a los límites de un mismo Estado. Si extendemos más esos límites, por ejemplo al rango de continente, la santidad de la nota por parte de los profes ya no solo se circunscribe

a lo absurdo sino a la imbecilidad. En efecto, en algunos países la nota máxima es de 20 con la nota media de 10. Por ejemplo, en mis años escolares en Francia, uno de los países que aplica esa franja calificadora, ver un 20 o un 18 era poco más que descubrir una pepita de oro. Raras fueron las ocasiones de poder contemplar —en los demás— esas “notazas”. Incluso los “mejores” no las alcanzaban. Descartes era Descartes. Así pues, con un 9/20 estabas a un punto de la media. En España, estar a un punto de la media se refleja con un 4/10. Pero este punto en Francia equivale a dos puntos de la media (8/20). A su vez, a dos puntos de la media se está en España en un 3/10. De esta manera, regalar un punto para lograr la media es para ciertos países el doble de esfuerzos. En China, la franja evaluadora califica ¡hasta 100! A un punto de la media en China, en España estaríamos a 0,10 puntos de ella. O dicho de otra manera, en China están a 10 puntos cuando en España están a uno. En fin, las matemáticas, al menos, nos sirven para averiguar la imbecilidad de los sistemas educativos basados en la evaluación. La vieja escuela moldeó una población —incluso a sus dieces— insegura de sí misma y de sus posibilidades. El 10 no frustra, motiva y da seguridad sin soberbia porque estamos todos bajo su paraguas.

Al final, los alumnos saben como mínimo igual que con el método tradicional, o dicho de otra manera, no saben como mínimo igual. En un caso conlleva estrés, ansiedad y conflictos innecesarios, y en el otro, no. ¿Cómo reflejarlo en la documentación oficial del instituto? Reflejándolo. Esta propuesta no trata de ser solo una argucia para paliar las que llevamos aplicando a gran escala contra el proceso de enseñanza-aprendizaje basado en la inclusión sino una teoría didáctica. Por tanto, se debe explicar su puesta en marcha y su práctica en la programación docente y en las diferentes memorias a entregar sobre los resultados académicos de los diferentes niveles. Nuestros documentos deben reflejar la metodología empleada y relatar su discurrir entre las diferentes clases. También debe exponerse al alumnado en el aula, pues la comprensión forma parte de la metodología.

En definitiva, el 10 es una rebelión pacífica de los profesores conscientes de la indefensión del alumnado frente al obsoleto autoritarismo del método tradicional. Es otra oportunidad para los especialistas de las excusas del *status quo*, que si bien ellos nunca hacen política, no dejan pasar la ocasión de martillar que las huelgas (amén de todos los derechos que tienen) y la lucha violenta no sirven para nada. Adelante, esto no es una huelga, no hay

lucha violenta, se practica con la conciencia y la firmeza de la teoría probada en el aula.

Así todo, esta teoría tiene fecha de caducidad: cuando en la enseñanza pública obligatoria todos tengan un 10 o, dicho de otra manera, cuando ya no pongamos notas.

De pequeño, me impactaron las películas sobre la Shoah, en general todo lo relacionado con la violencia y el dolor extremo afligido de forma colectiva contra otro colectivo, compactando los estalinistas, fascistas, nazis, franquistas, gobiernos religiosos y capitalistas esas actitudes en guerras de exterminio a gran escala y en un corto espacio de tiempo. Grabadas como lecciones están esas imágenes y fotografías de los campos de concentración y de exterminio cuando los guardianes nazis los abandonaron por la inminente derrota, vislumbrando a los presos, agotados, no atreverse a salir del campo, a aceptar su libertad, tomarla y disponer entonces de sí mismos. Así estamos los profes, con miedo a la libertad de Cátedra, creyéndonos prisioneros, sin darnos cuenta de que el sistema ya no está vigilado por “nazis”.

No hace falta estar de acuerdo con todo lo expuesto, tan solo espero haber contribuido a convencer a los y las docentes de su derecho —para mí obligación— a poder no aceptar la herencia del corsé de una enseñanza inútil, depresiva y represiva. Las cadenas que nos pusieron vienen sin candado, nos las podemos quitar sin protestar. Como mucho, las debemos apartar y guardar por si las reciclamos para un proyecto educativo, por ejemplo, sobre la esclavitud. Cuando siendo esclavos no se reciben golpes físicos, y no demasiado fuertes psíquicamente, se acepta el sistema como inmutable, hasta razonable. Vale, es una opción, pero los buenistas no aceptamos transmitirlo al alumnado de la enseñanza pública obligatoria. Es más, ley en mano, el sistema cambió. No hay excusa para insistir en unas clases magistrales, sofistas, simplemente guionizadas e impuestas a aprendices repletos de iniciativas y creatividades.

En resumidas cuentas hemos heredado metodologías no solo de dictaduras sino de regímenes autoritarios aunque tuvieran denominación “demo-

crática”. La concepción de la familia entre la dictadura de Franco y la republicana de De Gaulle o de la inglesa no eran fundamentalmente distantes, y la educación tampoco. Para los dubitativos, les ayudaría a entenderlo visionando la película de Truffaut “Los 400 golpes” o analizando el Mayo del 68. Sin olvidar que hasta hace muy poquitos años la tortura formaba parte del bagaje pedagógico oficial de la democracia inglesa. La democratización de la democracia obliga a los profes a cambiar. Debemos decidir: ser como antes, negreros, o por fin cambiar de piel y ser docentes adaptándonos a las características de las jóvenes generaciones.

La revolución educativa permanente es la postura docente de actualizar, en equipo, los modelos pedagógicos a estas generaciones con base a la inclusión, alejados de métodos evaluativos heredados de la estrechez mental empresarial de la revolución industrial. Sus premisas se forjan en la resistencia docente individual. No hace falta esperar a que la ley cambie más, ni que los equipos directivos se sitúen en la línea de la docencia abandonando la de la trata negrera. Individualmente debemos cambiar. Si cambiamos nosotros, el sistema cambiará. No importa que los demás no lo hagan. Es nuestro derecho. Es nuestra obligación. Es nuestra motivación. Es el compromiso con los discentes y no con los negreros que nos han encargado la misión de ser su brazo evaluador. La cooperación, aunque sea a distancia, entre los miembros de esta resistencia está incluso amparada por la documentación legal, pues la libertad de Cátedra aún no se ha reemplazado por la “libertad por departamentos”. Dejando constancia escrita de nuestro propósito y de nuestra metodología es suficiente para que los realistas se paralicen ante la existencia de otro tipo de burocracia: la buenista.

En efecto, escribir, dejar constancia de las clases, aunque no estén de acuerdo con ello, les relaja. Debemos aplicar los cambios pero siguiendo viviendo y compartiendo espacios con los conformistas. No hace falta obligarles a cambiar. Deben sentir nuestra indiferencia. No necesitamos su aprobación ni que cambien. Se cansarán de ver actuar a esta resistencia y observar cómo se convierte en revolución educativa. Los realistas, grandes luchadores contra el buenismo, no aceptan el calificativo de negreros, se creen justicieros, justicieros universales, ecuanímenes con la labor desarrollada en clase. El docente, ansioso de cambios, debe cambiar él. Ya no vale escudarse en la conciencia de la ley. Romper con la herencia de unas prácticas obsoletas, castrenses, permite “asaltar la enseñanza”. El tiempo no tiene prisa, los buenistas sí.

Las leyes educativas no son dogmas. Sin embargo, esa fue la tónica durante muchas décadas; creemos seguir en ese surco. Dogmas que encuentran necesarios los realistas porque les “deresponsabilizan”, por si su libertad les llevara a cometer errores y, por consiguiente, a ser “culpables”. Dogmas para sentirse confiados, seguros de que están haciendo lo correcto, extrayendo sus programaciones directamente de la propuesta estatal. Esta actitud es el producto directo de la evaluación. Con ella, escondemos nuestras incompetencias, fruto de no saber enseñar sin discriminar, sin estrés, sin exigencia malentendida, con paciencia y con atención a la diversidad. No se dan cuenta de que precisamente en la “necesidad” de la nota confesamos nuestra incompetencia. “Aprueban muchos”, “suspenden muchos”, aplicado sin contexto social, económico y educativo no tiene ningún sentido y ningún valor científico. ¿Cuántas botellas de agua hay en este almacén? Espera te lo digo sin ningún problema. Tras el cálculo: 117328. ¿Cuántas más pueden haber? 53476. Evaluación, diagnóstico y perspectiva, realizados de forma coherente. La evaluación en objetos inertes es la mejor forma de progresar en el conocimiento. En seres vivos, se transforma en cuestión de fe, dejando entonces el azar del nacimiento manejar el destino.

Los realistas están algo hartos de los buenistas, y nada cansados de ser negreros. Pues es una pena porque el cambio de metodología y la eliminación de la evaluación reducen drásticamente hasta el acoso escolar. En efecto, remueven las reglas del juego, las sanean porque todos juegan y ya no compiten en un impaciente e intransigente torneo eliminatorio sin realmente demasiadas oportunidades de aprender a saber y saber hacer a su ritmo. Amén de todos los estudios sobre psicología cognitiva, en general sobre psicología y sobre procesos educativos.

No obstante, con referencia a las nuevas metodologías, quisiera advertir que si bien reduce, en ciertos casos hasta contundentemente el “fracaso escolar”, no lo elimina. Sus mentores están quizás algo obsesionados con demostrar a los realistas con “notas”, es decir según el juego tradicional, los beneficios de optar por un nuevo método de enseñanza-aprendizaje. Si este termina en el mismo lugar que el tradicional es para presentir fallas. La nota sobra, es síntoma de seguir amarrados al pasado autoritario. Si con estas nuevas metodologías el profesorado no logra conocer si el alumnado ha aprendido sin tener delante a rúbricas o tablas fantasmagóricas, pierde sentido. Si la escuela deja en la cuneta a una sola persona devalúa su metodología. ¿Cómo es posible,

con estas nuevas metodologías, seguir teniendo un porcentaje mínimo de suspensos? Por culpa de la nota, por adoptar la postura negrera, por orientar su calidad pensando en agraciarse a los amos, porque no son nuevos métodos de enseñanza sino de evaluación. Cuando estos profesores irradian la nota de sus metodologías, tendremos más opciones de estar frente a una verdadera innovación educativa. Se transformó “La letra con sangre entra” por “La letra con nota entra”. En cambio, el resultado es parecido, hoy, la nota es la sangre de ayer. La opresión se hizo más ingeniosa.

Queda por decir una palabra sobre el papel de los sindicatos. Pues... Ya está dicha. Al menos alguna más se lleva la Inspección Educativa, que pese a solo cumplir con parte de todas sus funciones (ausente sobre pedagogía e información sobre novedades conceptuales en la legislación), puede llegar, en comparación con la masa del profesorado, a ser más comprensiva sobre instrumentos de evaluación, calificaciones e incluso nuevas metodologías. En general, estos dos colectivos, según sus funciones, y salvo excepciones, marean, estorban, obstaculizan y manipulan con hipocresía además de presentar altos índices de cobardía frente a los realistas. En el mejor de los casos son como el perro del Hortelano. Mientras, la evaluación “justa” ve prolongarse su existencia tal fariseísmo de la exterminación.

Al menos, espero haber logrado crear la expresión “yo no soy negrero pero...”. Sería un pasito hacia una enseñanza permanentemente revolucionaria, comprometida, empática, exigente, creativa y societal. Asimismo, otro pasito consistiría en ser consciente de que un engaño acecha siempre cuando se oiga la palabra “evaluación”.

Los y las profes estamos cansados. No estamos para leer nada con relación a la educación, ni leyes, ni ensayos como este. Una apatía, una contagiosa desidia sin mañana nos ha invadido, estamos como nuestro alumnado suspenso. La Administración pública en manos de los depredadores financieros se comporta con nosotros como el profesorado con el alumnado: alejados de nuestra realidad, desinteresados por nuestras motivaciones, por nuestras inquietudes y por supuesto por el proceso educativo. Nosotros, frágiles profesionales, aplicamos esa máxima de pisar al todavía más frágil, y lo que tenemos más a mano son nuestros aspirantes a estudiantes. Así todo, en esta última década se ha manifestado, aislada en sus centros, una generación de docentes dispuesta a deshacerse del plomo del pasado y, con modestia, sin métodos dogmáticos, se remangó para animar a los docentes a coger las riendas de la docencia

dejando atrás su función de negreros. “Snipers” de la docencia, que buscan a otros para asociarse, apoyarse, compartir y oxigenarse con prácticas que les devuelven la ilusión con la que tomaron esta profesión como bandera de vida.

Actualmente no somos profes, docentes, maestros, eso nos lo ponen los negreros dominantes como etiquetas para que nos lo creamos. La verdad, suena excelente. En cambio, realmente somos los negreros de a pie. Incluso lo aceptamos, huyendo de la innovación por obligación o por pusilanimidad. No hay tiempo, debemos seleccionar a los “mejores” utilizando la doblez a potencia máxima. No obstante, a todos nos llegará la hora de poder desertar. No siempre coincide con la de los demás. Pero no debemos dejarla pasar, sería depresivo desaprovecharla. Hoy se puede desertar sin perder nuestro puesto de trabajo. En efecto, es posible y nos viene bien para vivir mejor y dejar vivir mejor a los demás. La deserción de nuestra violencia evaluadora te libera para ser docente.

En definitiva, la evaluación educativa es como cualquier evaluación. Como cuando rozas un comercio y recibes un aviso en el móvil para evaluarlo. Como esas evaluaciones que leíste de un hotel o restaurante, en las que no reconoces las malas porque a ti te fue bien ni las buenas porque a ti te fue mal. Evaluaciones fijadas en el tiempo, sin oportunidad de apreciar la evolución, los cambios o las circunstancias, es decir, unas evaluaciones prácticamente sin valor. Evaluaciones que el más adinerado compra para que el cliente solo vea las buenas. Ese es el nivel educativo en el que nos usan a los profes engañándonos bajo el calificativo de “docentes”. No va a cambiar todo, no lograremos que todos tengan los mismos derechos ni obligaciones. Los profes que aspiran a ser docentes no siempre ven que pueden dejar de ser negreros. Sufren el chantaje de ver tan solo en el horizonte la prueba de acceso a la universidad, que les paraliza la voluntad de romper con este modelo educativo. No distinguen el margen de maniobra, apartado de la vista, rematadamente escondido por las herencias y la fraseología de los realistas. Sin embargo, ese margen existe ¿por qué no utilizarlo aunque no sea aún el ideal? Para sosiego de los realistas, el buenismo no cambia el mundo. El tiempo no nos da para tanto. Podrán insistir en no atender a la diversidad. Por consiguiente, los “mejores” continuarán siendo los mismos. Tan solo se les ruega que por favor convivan con los buenistas aceptando su existencia, al igual que estos lo hacen con ellos. Los buenistas eligieron enseñar a todos en un mismo espacio a través de una coordinación docente, en un análisis permanente del desarrollo del proceso de enseñanza-aprendizaje.

Por si fuera poco, están de nuestro lado la realidad, la libertad constitucional e incluso la Real Academia Española de la Lengua. Sus definiciones juegan en nuestro equipo. Define “evaluar” como “Determinar el valor [de algo] y examinar y calificar aptitudes o conocimientos [de alguien]”. ¿Esta es una de las principales prácticas del sistema educativo? ¿Esto es enseñanza? Con esta definición me hubiera podido ahorrar todo este ensayo. Además, la RAE describe “analizar” con “Someter algo a un análisis”. A su vez entiende por “análisis” la “Distinción y separación de las partes de un todo hasta llegar a conocer sus principios o elementos”. “Un todo” es el matiz de calidad: analistas sí, evaluadores no. ¿Este ensayo es producto de una evaluación del sistema? No, es un análisis, cierto que muy personal: evaluar no, analizar sí. Evaluar es exterminar, analizar es detectar para mejorar. Todo lo que no mejora es fruto de la evaluación, se llame como se llame. Para seguir perpetuando el sistema con engaño serán capaces de llamar “análisis” al proceso evaluador. La escuela actual es un gran torneo donde solo unos pocos llegan y deben llegar a la gran final. Si evalúas no piensas y si piensas no puedes ser negrero. En cuanto evalúas ya no piensas. En esto los médicos nos dan la clave. Cuando ven la analítica (llena de notas numéricas) entonces es cuando piensan, cuando analizan. Mismos números en pacientes distintos no conduce al mismo tratamiento.

Si la inclusión es uno de los enfoques prioritarios de la actual educación en ¿cuál de estas dos anteriores definiciones cabe si la suya es, según el diccionario, “la conexión o amistad de alguien con otra persona”?

No sería de extrañar, a pesar de todas las preguntas y reflexiones expuestas en este ensayo contra el mito de la evaluación en la enseñanza pública obligatoria, seguir sin estar convencido al 100% de que se trata de un verdadero obstáculo en el proceso de enseñanza-aprendizaje. No hace falta girar bruscamente hacia el 10. Sería suficiente que los y las profes, formados por y para el análisis científico, se comprometan y abandonen su rol como brazo armado de un sistema irracional y, por consiguiente injusto, basado en la propaganda de la evaluación.

PABLO SANZ MARTÍNEZ

Es licenciado en Bioquímica por la Universidad Complutense de Madrid, y escritor. Ha sido docente de enseñanza secundaria durante más de treinta y cinco años en diversos institutos de Madrid, donde ejerció como director durante doce años, y de Asturias. También ha ejercido como formador y coordinador en nuevas tecnologías de cursos a distancia durante más de una década. Durante dos años fue asesor técnico docente del Ministerio de Educación, dentro de su Programa de Nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación, en labores de formación a distancia, para España e Iberoamérica, y televisión educativa. Posteriormente fue nombrado Jefe de Área del Instituto Superior de Formación y Recursos en Red para el Profesorado, también dependiente del Ministerio de Educación y Ciencia. Como escritor es autor de ficción, con ocho libros publicados (novelas y relatos), y colaboraciones en diversas revistas literarias.

SONIA FERNÁNDEZ GONZÁLEZ

Doctora en Bellas Artes por la Universidad Complutense de Madrid. Siempre involucrada con la Enseñanza Pública, trabaja como profesora de Arte en Enseñanza Secundaria desde hace casi veinte años y en la actualidad simultanea esta labor con la de Profesora asociada en la Universidad de Oviedo, en el Área de Didáctica de la Expresión Plástica, dentro de la Facultad de Formación del Profesorado y Educación. Coordina desde hace tres años las actividades del grupo “De aula a aula” cuyo interés se centra en reflexionar y proponer nuevas prácticas educativas en torno a la Innovación Educativa. Nunca ha

abandonado su faceta creativa personal, dedicándose sobre todo a la Pintura y a la creación Audiovisual. Como ilustradora tiene varias publicaciones y ha ganado dos veces el Premio de la Academia de la Llingua Asturiana en su sección de “Llectures pa rapazos”.

YVÁN POZUELO ANDRÉS

Doctor en historia por la Universidad de Oviedo. Licenciado en historia por La Sorbona de París I. Especialista en historia de la masonería. Coordinador de varios congresos internacionales sobre dicha temática. Editor de la revista *REHMLAC+* de la Universidad de Costa Rica. Director de la colección “Historiadores de la masonería” en la editorial masonica.es. Publicó varios libros y artículos sobre el fenómeno masónico. Profesor de francés en España en la función pública desde el año 2001. Coordinador y evaluador de proyectos Erasmus+.

